EL PODER DEL PERDÓN

Elena Sant Iago

Capítulo 1

Existe una arraigada tozudez en la mayoría de los humanos al creer que nuestra manera de ver la vida y nuestra forma de pensar, son los correctos. Pensamos que los demás, simplemente, están equivocados, son ignorantes, o incluso hacen las cosas por maldad. Es posible que así ocurra en muchas ocasiones, pero ¿no puede ser que nosotros también nos equivoquemos, seamos ignorantes de muchas cosas, o actuemos, a veces, con mala voluntad?

Casandra era una joven muy entusiasta. Todo en lo que creía, lo defendía con gran ardor. Desde pequeña había sentido la necesidad de luchar contra todo lo que ella pensaba que era una injusticia. Siempre protegiendo al débil, mostraba su piedad hacia éste, mientras trataba con dureza al que ella consideraba que era el opresor. En el colegio, a menudo, se la veía discutiendo con alguna compañera que se había burlado de otra, erigiéndose a sí misma defensora de la ofendida. Nuestra protagonista decía que odiaba la hipocresía, y por eso prefería ser franca y decir las cosas tal y como las pensaba y, en la mayoría de los casos, esto lo hacía de una manera bastante áspera e incluso, a veces, agresiva.

Casandra vivía con sus padres Leandro y Nuria, y sus dos hermanos, Roberto y Ricardo, que eran mayores que ella. Pero poco importaba que fuera la menor, porque ella sabía hacerse escuchar...

De pequeña fue a un colegio religioso, de manera que, aunque no se la podría considerar una beata, sí tenía ciertas bases espirituales que formaban parte de su vida. Respetaba otras religiones distintas a la que había conocido, pero nunca se le ocurrió ponerse a investigar en ninguna de ellas. Lo que sí le llamaba la atención eran otras culturas diferentes a las de su país. Era una joven muy comunicativa, y estaba decidida a aprender todos los idiomas posibles.

También amaba la naturaleza y los animales. De pequeña siempre soñó con tener un gato, pero el resto de la familia no estaba de acuerdo, así que no le quedó más remedio que aguantarse. Pero siempre decía que cuando ella tuviera su propia casa, tendría uno.

Por otro lado, la joven no podía evitar sentir verdadera rabia al ver y escuchar noticias de cómo, poco a poco, el hombre iba contaminando tierra, mares, y aire; y extinguiendo cada vez más especies. No soportaba ver un pajarillo en una jaula, cuánto menos, un ratón o un conejo en un laboratorio...

Tenía Casandra un vecino que en su tiempo libre se dedicaba a cazar pájaros vivos para encerrarlos en jaulas y venderlos después. La joven pensaba que aquel hombre no tenía derecho a hacer eso con las pobres criaturas, y era una horrible crueldad que no estaba dispuesta a consentir. En las noches de verano, en las que dormía con la ventana abierta, podía escuchar desde su dormitorio los pájaros piando en la cochera de su vecino, y le parecía que la llamaban pidiéndole auxilio.

Un día vio la puerta de “aquella cárcel” abierta, y no pudo resistir la tentación de asomarse al interior. No había ningún coche, sólo las jaulas estaban allí. Colgadas a lo largo de las paredes, éstas eran diminutas, y apenas había espacio para que las aves pudieran moverse. A Casandra se le hizo un pellizco en la boca del estómago, mientras sentía una intensa piedad por las inocentes criaturas. De repente le vino una idea a la mente, mientras se mordía el labio inferior... Echó un vistazo afuera, en la calle, y vio que no venía nadie. Entonces..., tomó la decisión... Al mismo tiempo que se le aceleraba el corazón, entró rápidamente en la cochera, y se acercó a las jaulas diciendo:

—No tiene derecho, a hacer esto.

Y comenzó a abrirlas todas. Luego se echó a un lado y esperó a que las aves empezaran a salir. Poco a poco éstas fueron escapando, pero sobrevolaban dentro del recinto. Casandra comprendió que debía abrir un poco más la puerta que conducía a la calle. Impulsada por su deseo de liberarlas, corrió hacia ella y la abrió totalmente. Los pajarillos, parecieron saber lo que la

muchacha hacía por ellos, y piando contentos, se fueron marchando de aquel lugar maldito… Cuando la joven verificó que todas las aves se habían ido, entornó de nuevo la puerta, y se marchó corriendo, antes de que aquel "tirano" volviera de nuevo.

El vecino nunca supo quién le había hecho aquella "gamberrada", pero los padres de Casandra sí tenían cierta sospecha. Sin embargo la muchacha siempre se hizo la desentendida, como si ella no tuviera ni idea de aquello... En su interior, se sentía satisfecha. A partir de entonces, como el vecino seguía insistiendo en su cruel entretenimiento, Casandra no dejaba escapar ninguna oportunidad para repetir la jugarreta. Aunque el hombre ponía mucho cuidado de no dejar la puerta abierta, de vez en cuando tenía algún despiste que la joven aprovechaba sin ningún miramiento. Y asombrosamente, nunca la pillaron...

Capítulo 2

A nuestra protagonista también le gustaba montar en bici con sus amigas. Juntas se iban a un gran parque que había en la ciudad, o incluso salían al campo. También les encantaba reunirse para estudiar en casa de alguna de ellas, si es que se puede decir que estudiaban... La verdad es que Casandra era una buena estudiante en las asignaturas que le gustaban, pero el resto las llevaba un poco justas...

Un día quedó con sus dos amigas, Beatriz y Miranda para ir a comprar material para hacer un trabajo para el instituto. Era el último curso. Al año siguiente empezaba la universidad, y se estaba esmerando para sacar unas buenas notas. Las tres fueron al centro de la ciudad y estuvieron comprando alegremente. También estuvieron mirando en otras tiendas de ropa, calzado, discos... En éstas no compraron nada pero el caso es que se les fue la tarde, y al final estaban agotadas.

Casandra miró el reloj y exclamó:

—¡Oh, Oh! ¡Qué tarde es! ¡Sí que nos hemos entretenido!...

—¡Vaya!— contestó Miranda —la culpa es tuya, que te has parado un montón viendo los discos...

—¡Claro!— respondió Casandra, con ironía— seguramente las dos horas que hemos tenido que esperarte mientras te probabas las dieciocho faldas... para encima no quedarte con ninguna...

—¡Sólo me he probado tres y hemos tardado cinco minutos!

—¡Basta ya!— interrumpió Beatriz— ¡Siempre estáis igual! Lo que tenemos que hacer es quedar ya para mañana.

Las otras dos chicas refunfuñaron un poco.

—¿Quedamos en tu casa, Casandra?— preguntó Beatriz.

—Vaaale— contestó la joven— ¿A qué hora queréis?

—A las doce— dijo Miranda.

—¿Tan tarde?— exclamó Casandra— No nos va a dar tiempo a nada.

—¡Oye, que mañana es domingo!— respondió Miranda — ¡Llevo toda la semana levantándome a las seis!

—¿Y a qué hora te crees que me he levantado yo, guapa?— dijo Casandra.

—¡Desde luego, cuando estáis cansadas, no hay quien os aguante!— comentó Beatriz— Dejad ya de discutir y quedemos a una hora que no sea ni demasiado tarde, ni demasiado temprano... ¿Vale a las once y media?

Las otras dos asintieron.

—Bueno, —dijo Casandra— yo estoy demasiado agotada para volver andando a mi casa, así que voy a coger el autobús. ¡Vosotras sí que tenéis suerte de vivir por aquí!

—Sí —respondió Miranda— Aunque no sé si llegaré, porque yo también estoy molida...

—Casandra, —le advirtió Beatriz — por allí viene tu autobús. Será mejor que te des prisa en ir hasta el semáforo para cruzar. Y si no pillas el autobús, vas a tener que esperar por lo menos veinte minutos...

—¡No!— contestó Casandra, mientras miraba el vehículo, que se acercaba a la parada justo frente a ellas, en la otra acera —voy a cruzar por aquí.

Beatriz chasqueó un poco la lengua y le dijo:

—Deberías cruzar por el semáforo. Puede venir algún coche por la esquina.

—¡Ay, Bea! Siempre tan precavida...— le contestó Casandra— No me paro, que lo pierdo. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!— contestaron sus amigas.

Casandra echó una rápida mirada a ambos lados de la calzada y viendo que venían coches de lejos, calculó que si se daba prisa le daría tiempo, y empezó a cruzar. Pero Miranda se dio cuenta de que llevaba una de las bolsas de su amiga y la llamó:

—¡Casandra, se te ha olvidado esto!

La muchacha se paró y se volvió para mirar a sus amigas. Vio la bolsa que le señalaba Miranda y dudó por un momento si volverse a cogerla, o pedirle a ella que la trajera a su casa, el día siguiente.

En ese momento, escuchó a sus espaldas, un fuerte chirrido producido por los frenos de un coche, e inmediatamente sintió un golpe extremadamente fuerte… Entonces se le nubló la visión, y notó cómo caía al suelo mientras sólo podía oír un ruido agudo y constante en su cabeza.

Capítulo 3

Pensó: "¡Dios mío!, ¿qué me ha pasado?" Siguió escuchando durante unos momentos aquel sonido, y no veía otra cosa, que oscuridad total.

De pronto el ruido cesó, y volvió a ver de nuevo. Intentó levantarse y lo consiguió sin apenas hacer esfuerzo. Se dijo:

—¡Uf! ¡Vaya susto que me he dado!

Vio que mucha gente empezaba a aglomerarse por detrás de ella. También estaban sus amigas. Éstas gritaban su nombre. Ella se quedó extrañada y, por fin, se acercó a aquel grupo. Estaban rodeando algo, que no alcanzaba a ver. Oyó que decían:

—¡Pobre criatura!

—¡Tan joven!

—No la mováis, podría ser peor.

—¡Llamen a una ambulancia!— gritaba llorando Miranda.

Casandra empezó a sentir una extraña sensación, e intentó ver más, a través de un hueco. Había alguien tendido sobre el suelo. Por fin alcanzó a ver, y recibió una fortísima impresión: ¡era ella misma quien estaba tendida en el suelo!

La joven se quedó mirando asustada a su cuerpo, que yacía allí delante. Luego miró a todo el mundo, y se percató de que toda aquella gente no podía verla a ella. Intentó mirarse a sí misma, y vio que sus manos, sus brazos, su cuerpo, sus piernas... todo, tenía un aspecto como si fuera hecho de humo, pero muy densamente condensado, con el color de la piel, y la misma apariencia de su cuerpo real. También se dio cuenta de que de ella salía una especie de cordón casi transparente y algo plateado, cuyo recorrido siguió con la mirada, y observó que terminaba en el cuerpo tendido en el suelo. Todo pasaba muy deprisa. Vio cómo sus dos amigas lloraban. Miranda estaba de rodillas junto a su cuerpo, mientras que Beatriz estaba a su lado de pie. También había alguien de rodillas al otro lado, pero no podía ver su cara porque estaba de espaldas. Había colocado sobre el cuerpo inmóvil, su chaqueta. Quiso dar una vuelta para ver quién era, pero entonces oyó el sonido de una ambulancia que se acercaba al lugar.

Casandra empezó a darse cuenta de lo que realmente significaba todo aquello. Había tenido un accidente y, al parecer... había muerto… Sin embargo, la joven, después del primer susto, empezó a sentir una cierta paz...

Miró hacia otro lado y vio una luz muy potente que venía de lejos. La muchacha se sintió

fuertemente atraída por aquel resplandor, y se dirigió hacia él. Observó que al moverse, no estaba poniendo los pies en el suelo, sino que flotaba unos centímetros por encima de él. También se dio cuenta de que su desplazamiento era mucho más rápido de lo que normalmente hubiera podido hacer con su cuerpo. Conforme se acercaba a la luz, pensó que no podría resistirla, pero poco a poco, se fue acostumbrando a ella.

Entonces vio a dos seres que parecían estar esperándola. Eran un hombre y una mujer. Los dos tenían un aspecto divinamente hermoso. No podría calcularse la edad que tenían, porque no parecían, ni jóvenes, ni viejos. Vestían unas túnicas blancas. Él tenía barba y el cabello no demasiado corto, mientras que ella tenía el cabello muy largo y brillante. Él llevaba una vara tan alta como él, mientras que ella portaba una lanza. Los dos la miraban sonrientes.

Casandra sentía verdadera paz en su interior. No sabía quiénes eran aquellos seres, pero intuía que eran celestiales.

—He muerto, ¿verdad?— les preguntó ella.

La mujer le contestó:

—No. Aún no es la hora.

La joven se quedó sorprendida, porque esperaba un sí.

—Entonces, ¿qué es lo que me ha pasado?

—Esto forma parte de tu aprendizaje— contestó él.

Casandra no entendió el significado de aquellas palabras, pero no pudo preguntar nada más porque, en ese preciso momento, sintió una especie de tirón, y sin poder hacer nada para evitarlo, se vio desplazada en cuestión de milésimas de segundo. Entonces sintió cómo entraba, de nuevo, en su cuerpo. Era como si despertara de un sueño.

Capítulo 4

Casandra abrió los ojos, pero no veía nada. Al parecer estaba en una habitación oscura. Sentía dolor por todo el cuerpo. Quiso moverse, pero el dolor se acentuó, y ella emitió un pequeño quejido. Entonces oyó la voz de su madre que le decía, mientras parecía acercarse:

—¡Casandra, hija mía! ¡Por fin! ¡Que preocupados hemos estado!

Y notó cómo la acariciaba en la frente y en la mejilla. Sin embargo, la joven seguía sin ver nada.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué está todo tan oscuro?— preguntó con miedo.

—¿Oscuro?— preguntó la madre.

—Sí. Yo no veo nada— dijo la muchacha. — ¿Cómo puedes moverte tú por aquí?

Hubo una pequeña pausa.

—Casandra... ¿no puedes verme?— le preguntó la madre con la voz temblándole.

—No— contestó la joven. —no veo nada.

De nuevo, otra pausa.

—¿Qué me pasa? ¿Por qué no puedo ver?— preguntó Casandra nerviosa y a punto de llorar.

—Tranquila, mi vida— le dijo la madre. — Voy a llamar a la enfermera.

Y se oyó cómo salía corriendo de la habitación.

Casandra sintió que el miedo se apoderaba de ella mientras se fijaba la idea en su mente: ¡estaba ciega!

Escuchó cómo entraban varias personas en la habitación. Reconoció la voz de su madre, y la de su padre, pero también podía escuchar a otra mujer y a otro hombre. Sus padres se dirigieron a él como si fuera el médico. Sintió como le abrían un párpado con dos dedos, como si fueran a examinar el ojo, y después el otro.

—Dime, ¿ves algo? —le preguntó el médico.

—No. Sólo oscuridad total— contestó ella temblorosa.

—¿Estás segura?— insistió él.

—Sí.— respondió la joven.

Hubo un silencio.

—¿Te duele aquí?— preguntó de nuevo el médico, mientras le palpaba en varias zonas de la cabeza.

—Me duele por todas partes, pero ahí no me duele mucho.

—¿Te acuerdas de lo que ha pasado?— continuó él.

—Creo que he tenido un accidente. Me atropelló un coche, ¿no?— contestó ella.

—Así es— afirmó el médico. —Al menos parece que no te ha afectado a la memoria.

De nuevo nadie dijo nada durante unos segundos.

—Bueno, Casandra, —dijo el médico— tranquilízate. Esto debe ser una consecuencia del golpe. Vamos a hacerte unas pruebas y vamos a ver, a qué es debido. Ya te miramos antes de que despertaras, y en principio, no vimos nada. Pero vamos a investigar más profundamente. Por el momento, debes tranquilizarte. Comprendo que esto es incómodo, pero...—

La joven, ya no pudo aguantar más la tensión y estalló:

—¿Incómodo? ¿Llama usted a esto, incómodo? Estoy ciega, me duele todo el cuerpo, y no puedo moverme, y usted se piensa que me siento incómoda... ¡Pues no! ¡No me siento incomoda! ¡Lo que estoy, es aterrada! Pero ¡claro!, usted, ¿qué va a comprender? Si un enfermo es como un conejillo de indias, que sólo les sirve para investigar...

—Casandra, hija— le dijo su padre, mientras le cogía la mano— el doctor sólo quiere ayudarte. Todos queremos verte bien, y no sirve de nada que te excites —y dirigiéndose al médico— Doctor, no le tome usted en cuenta lo que dice, ya ve que...—

—No se preocupe— le interrumpió el médico, —comprendo perfectamente. Enfermera, venga conmigo. Le daré instrucciones.

Casandra se quedó llorando, mientras escuchaba a cada lado de su cama a sus padres.

—Cariño— le decía su madre, — ya verás cómo esto sólo va ser algo pasajero. Seguro que en seguida todo vuelve a ser normal.

—Sí, hija —añadió el padre — ten confianza en los médicos. Hoy día hay muchos adelantos...—

—¡Sí, claro!— contestó ella amargamente.— ¡sobre todo, en quien tengo que tener confianza, es en ellos...!

Y siguió llorando en silencio.

—Al menos estás viva— le dijo su padre —Hay muchos que por menos, no lo cuentan.

Casandra pensó: “Cuando creía que estaba muerta, me sentía muy bien. Sin embargo así... sólo tengo sufrimiento y dolor. Más valía que me hubiera muerto” Pero no dijo nada de esto a sus padres. Luego se preguntó qué era lo que realmente había pasado.

—¿Qué es lo que pasó?— dijo mientras gimoteaba —Ya sé que tuve un accidente, pero ¿qué es lo que realmente pasó?

—Bueno,— contestó su madre —al parecer, te paraste en medio de la calle, y un coche que doblaba la esquina, te encontró delante, y no le dio tiempo a frenar. Beatriz nos llamó en seguida para avisarnos. Te trajeron al hospital rápidamente. Al principio, creyeron que estabas muerta, pero en seguida empezaste a respirar de nuevo. Nos asustamos muchísimo. Por eso, saber que estás viva, ya es un gran consuelo para nosotros.

—Tal vez lo sea para vosotros— respondió llorosa la joven —pero para mí, esto es una pesadilla. Ojalá sólo fuera eso, y ahora me despertara, y viera que todo sigue igual que antes.

—¡Casandra, hija de mi vida!— exclamó su madre emocionada.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?— inquirió la muchacha.

—Dos días— contestó el padre.

—Leandro, — dijo su esposa— ¿por qué no avisas a Roberto y a Ricardo que su hermana ya se ha despertado?

—Sí, Nuria. Ahora voy. — contestó él— Pero antes quiero ver cuándo le van a hacer las pruebas. Voy a esperar a la enfermera.

—Está bien. —dijo la madre— Casandra, tus hermanos se van alegrar mucho. Han pasado

estos dos días aquí. Les dije que se fueran a casa, que ya los avisaríamos cuando te despertaras. Ellos también han estado muy tristes por tu accidente...

Casandra suspiró.

—Sí hija, — continuó su padre— como te hemos dicho antes, todos hemos estado muy preocupados por ti.

—Beatriz y Miranda también han pasado muchas horas en el hospital esperando a que te despertaras... Incluso el conductor del coche que te atropelló, ha estado aquí, muy preocupado por tu estado...—dijo la madre.

— ¡Ese joven! ¡Qué desvergüenza!— exclamó el padre — No sé cómo se ha atrevido a venir... Estos jóvenes de ahora, que conducen como locos, y claro, van matando a otros... Seguramente iba bebido...—

—No digas eso, Leandro —contestó la madre — El muchacho estaba sinceramente interesado por su salud. Yo lo vi muy abatido...

—¡Por supuesto! — rebatio su marido — ¿Cómo no iba a estarlo? Todo lo que a tu hija le ocurra, le pesará más en su condena. En el juicio, tiene todas las de perder...

—¿Juicio?—le interrumpió Casandra— ¿Qué juicio?

—¡Leandro!— exclamó su esposa — ¿Por qué tienes que hablar así delante de la niña? ¿No ves que eso no viene a cuento ahora?—

—Sí, mamá. — contestó la joven— Quiero saber qué es eso del juicio.

—Es lógico, que hemos presentado una denuncia contra el conductor. —contestó el padre. —Y por supuesto él tiene miedo de lo que te pase.

Casandra se quedó callada pensando: “Todo lo que estoy pasando es por culpa de ese tipo. Papá tiene razón. Tiene miedo de que yo me muera o me pase algo, porque igual lo meten en la cárcel... ¡Pues le estaría bien empleado! Seguro que es de esos que siempre van corriendo, sin importarle nadie más...”

Conforme iba pensando estas cosas, fue sintiendo una rabia que iba creciendo en su interior, y dijo:

—Sí. Ya me imagino qué tipo de persona es. Egoísta, vanidoso y, al mismo tiempo, un cobarde que ahora estará muerto de miedo por la que le va a caer. ¿Yo me he quedado ciega? ¡Pues bien!, ¡entonces que él pague por ello!... ¡Por mí, que lo metan en prisión!

—Hija, no hables así.— le corrigió dulcemente su madre — Ahora estás disgustada y dices esas cosas, pero...—

—¡No hay peros que valgan! — le interrumpió su marido — Casandra tiene razón. ¡Ya está bien de tanto sinvergüenza! ¡Son niñatos de papá, que sólo quieren divertirse a costa de los demás! ¡Es hora de que reciban una lección!... ¿Es que te parece poco, lo que le ha hecho a tu hija?

En ese momento entró la enfermera.

—Voy a preparar a su hija. Mientras tanto, el doctor querría hablar con ustedes. Está en su despacho esperándoles.

Los padres de Casandra, salieron y se dirigieron a ver al médico. La enfermera se quedó preparando a la muchacha.

Capítulo 5

Después de hacerle todas las pruebas y exámenes posibles a Casandra, no se pudo averiguar a qué era debida su ceguera. Todos sus órganos internos parecían estar bien, en su sitio, y en perfectas condiciones. El dolor que sentía por todo el cuerpo, era debido a que lo tenía todo magullado y lleno de moratones. Pero como el problema de su vista era de origen desconocido, los médicos no sabían qué hacer para que la joven pudiera volver a ver. Pensaron que tal vez recobraría la visión con el tiempo. Pero tampoco podían asegurarlo.

Casandra permaneció varias semanas en el hospital. Sus padres y sus hermanos hacían

turnos para que ella siempre estuviera acompañada. También la visitaron otros parientes. Y, ¡cómo no!, sus dos amigas. Ella, aunque se sentía un tanto incómoda, agradecía las visitas. Pero hubo alguien, a quien se negó rotundamente a recibir:

—Casandra, cariño, ha venido una persona que le gustaría verte. — le dijo un día su madre, que estaba sola con ella.

—¿Quién es mamá?— preguntó Casandra.

—Pues... es el joven que conducía el coche que te..., el coche del accidente. —contestó la madre.

La muchacha sintió un pellizco en la boca del estómago y se quedó muda por unos segundos, después de los cuales, respondió:

—¿Cómo tiene el valor de venir aquí? ¿Cómo puede imaginarse que yo quiera verlo? ¡Ja! ¡Verlo!...—exclamó amargamente— ¡No quiero que se acerque a mí! ¡Mamá, no lo permitas!... ¡Que se vaya!... ¡Que se vaya!...—y se puso a llorar.

—Está bien, hija— le contestó su madre acariciándole la cabeza — no te preocupes, le diré que se marche.

La joven no se resignaba a su nuevo estado. En cualquier cosa que quería hacer, se veía limitada. Todos intentaban ayudarla, pero ella se impacientaba y reaccionaba gritando. Poco a poco, fue anidando en ella la rabia, el odio y el rencor. Sólo esperaba que aquel estúpido joven fuera a prisión. Al menos, su ira se vería compensada... y ésa sería su venganza...

Sin embargo, dos días antes de que le dieran el alta, su padre vino muy enfadado.

—¡Hola, querido!— le saludo su esposa —¿Qué tal ha ido?

El padre no dijo nada.

—Comprendo— dijo ella.

Su marido siguió sin contestar nada. Sólo se acercó a Casandra y le dio un beso en la frente.

—¿Cómo estás, hija?— le preguntó.

La joven suspiró y se encogió de hombros. Su padre también suspiró y después chasqueó la lengua en señal de disgusto. La muchacha, que lo había oído, torció un poco la cabeza mientras se preguntaba qué era lo que pasaba.

—¿Que te ocurre, papá? ¿Estás enfadado por algo?

—No pasa nada, cariño— le contestó la madre.

Casandra no se quedó conforme.

—¿Qué pasa papá?

—Hija, no...—empezó a decir su madre.

—¡No, Nuria! —le interrumpió su esposo — ¡Ella tiene todo el derecho a saberlo!

La joven se asustó un poco.

—Casandra, hija— empezó el padre —se trata del juicio. Hemos hablado con el abogado y… en resumen, nos ha dicho que tenemos todas las de perder y no hay nada que hacer. Había muchos testigos durante el accidente, entre ellos, tus amigas, y todos afirman que tú cruzaste la calle por un sitio indebido, y justo cuando venían los coches. Y no sólo eso… ¡Es que te paraste!... Por lo visto, la culpa fue tuya...

La muchacha se quedó callada, mientras recordaba el momento del accidente. Luego intervino:

—Pero yo miré, y los coches venían lejos. Estoy segura de que él me alcanzó porque corría más de la cuenta.

—Según los testigos, él venía de la calle perpendicular e iba a una velocidad normal. Tal vez no lo viste...— respondió su padre.

Casandra se quedó un momento quieta y luego se echó las manos a la cara y se puso a llorar.

—¡No! ¡No! Él me atropelló. Por su culpa estoy así. Él podía haberme esquivado... o... tenía que haber frenado... Seguro que se distrajo con algo... Él tuvo que haberme visto...—

Su madre la abrazó.

—¡Casandra, hija mía!, cálmate. De todas maneras, quién tenga la culpa, es lo de menos.

—Sí, —dijo ella con rabia —porque él tiene que pagar por lo que me ha hecho. Ha

arruinado mi vida. Me ha dejado inválida...

—Aunque pagara, como tú dices, eso no te devolvería la vista —le contestó su madre con dulzura. — Además está claro que él no lo hizo queriendo. ¡Hija! Ha sido un accidente.

—Sí, — respondió su hija con amargura — y por lo visto la única víctima soy yo...

—Cariño, —le respondió su madre mientras le acariciaba la cara, secándole las lágrimas — nosotros estamos contigo y te vamos ayudar en todo lo que podamos. Ahora tú vas a tener que aprender a vivir así. Quizás esto sólo sea temporal, pero tú debes luchar mientras tanto. Tienes que ser valiente. Siempre lo has sido… Siempre has sido mi niña valiente. Si no, ¿de qué otra manera, te habrías atrevido a liberar a los pájaros de nuestro vecino?

Casandra sonrió levemente.

—Y no me digas que no sabes nada de eso, porque yo sé perfectamente que has sido tú.

La joven suspiró. Pero enseguida empezó, a hacer pucheros.

—Es que...—dijo mientras sorbía con la nariz— me da tanta pena de mí misma...

Por fin se acercó su padre y, cogiéndole la mano, le habló:

—Ánimo, luchadora. Todos vamos a estar contigo. Vamos a superar esto juntos.

Casandra respiró profundamente, y luego asintió.

Capítulo 6

Al día siguiente, Miranda y Beatriz fueron a visitarla.

—Hola Casandra. — dijeron las dos.

—Hola. — contestó ella.

—¿Qué tal estás?— le preguntó Beatriz.

Casandra se encogió de hombros.

—Igual.— contestó.

—Mañana te dan el alta, ¿no?— preguntó tímidamente Miranda.

—Sí.

—¡Vaya! Pues... ¡qué bien!— dijo Miranda.

Las tres amigas se quedaron calladas. Había cierta tensión en el ambiente.

—Estarás deseando volver a tu casa, ¿no?— comentó Beatriz.

Casandra tardó un poco en hablar.

—¿Sabéis lo del juicio?

—Pues... sí. — contestó Beatriz.

—Ya. — respondió Casandra— Y supongo que sabréis, que al parecer, la culpa es mía.

Las otras dos se quedaron calladas, al principio. Por fin, Miranda se echó a llorar y dijo:

—Casandra, yo... creo que en realidad, la culpa es mía. Yo no me di cuenta de que te ponía en peligro. Si no te hubiera llamado, no habría pasado esto. ¡Perdóname!— y siguió llorando

—No, Miranda, — contestó Casandra con dulzura —tú no tienes la culpa. Está claro que tenía que haberle hecho caso a Beatriz, y haber ido hasta el semáforo. Además, en vez de dirigirme hacia vosotras, fue torpe por mi parte el pararme a pensar. No, no te preocupes. No te sientas mal. De verdad. Es culpa mía... Aunque, —y aquí se puso a hablar con dureza— también es indudable, que no es sólo mía. Ese... ¡idiota!... que me atropelló..., ése es el más culpable... ¡Le odio!

Sus amigas no sabían qué decir.

—¿Qué pasa?— preguntó Casandra —¿Os he asustado?

—La verdad, un poco. — respondió Beatriz.

Casandra se sonrió, y las tranquilizó:

—No os preocupéis. Es él. Sólo espero no encontrármelo nunca... Pero bueno, vosotras... sois mis mejores amigas. Y estoy contenta de que así sea...

Las dos jóvenes se acercaron a ella y le dieron, cada una, una mano.

—Sabes, que siempre será así. —le dijo Beatriz.

—Sí, puedes contar con nosotras, como siempre. — añadió Miranda.

—Gracias, chicas... A propósito, tengo que daros las gracias por el ramo de rosas que me habéis mandado. Huelen estupendamente.

—¿Qué ramo de rosas?— preguntó Beatriz.—Yo no he sido, en todo caso.

—Pues yo tampoco. — dijo Miranda.

—¿No habéis sido vosotras, de verdad?

—No. Habrán sido tus padres o tus hermanos. — contestó Beatriz.

—¡Ah! ¿Es éste que hay aquí?— inquirió Miranda — ¡Umm! Es verdad que huelen muy bien.

—¡Qué raro!— comentó Casandra —Ellos no han sido. No ha sido nadie de mi familia.

—A lo mejor te lo han mandado por equivocación. — sugirió Miranda.

—No. Estaba a mi nombre. —

—Entonces, es que tienes un admirador secreto...—bromeó Miranda— Ya sé. Seguro que ha sido Felipe. —

—¿Ese pesado?— dijo Casandra —¡No creo!

—Pues ahora que lo dices, él me ha preguntado por ti, en clase. —comentó Beatriz.

—Sí, y a mí me dijo que quería venir a verte... —añadió Miranda.

—¡Pues vaya!—exclamó Casandra —Bueno, de todas maneras, prefiero que mande las flores, a que venga él. ¡Es tan plasta!

—No digas eso, Casandra. Encima que se interesa por ti...—dijo Beatriz.

—Desde luego tiene buen gusto para las flores... —comentó Miranda.

—Sí. Creo que lleváis razón. Soy un poco desagradecida.

—No, si al final terminarás enamorándote de él. — bromeó de nuevo, Miranda.

—Bueno, ¡no te pases!— contestó rápidamente Casandra.

Y las tres muchachas se pusieron a reírse.

Capítulo 7

Llegó la noche, y Casandra se quedó sola. Ya hacía varios días que no se quedaba nadie a dormir con ella. Tenía bien localizado el timbre para llamar a la enfermera, si le hacía falta. Así que no tenía necesidad de que alguno de su familia pasara mala noche, durmiendo en un sillón.

Ya hacía un rato que había cenado, y sus padres acababan de irse. Ella se sentía cansada. Así que se quedó tumbada, esperando a que le viniera el sueño. Se puso a pensar en sus amigas, y en las conversaciones que habían tenido. Pensó en Miranda, y cómo se había sentido culpable... Era cierto que si no la hubiera llamado... Pero la realidad era que no tenía que haberse arriesgado tanto. De todas maneras, era una buena amiga... al igual que Beatriz... Sin embargo, aquel hombre horrible, que la había atropellado...

La joven empezó a notar que la ira volvía en ella. Respiró profundamente, e intentó relajarse. Notó cómo le llegaba el perfume de las rosas. Se sintió mucho más tranquila, y dejó de pensar en cosas que lo único que hacían era irritarla. Siguió respirando de manera profunda, e iba sintiéndose envuelta por el aroma de las flores. Poco a poco, se fue sintiendo muy ligera, y le dieron ganas de incorporarse. Se sentó y abrió los ojos. Cuál no sería su sorpresa, cuando se dio cuenta de que... ¡podía ver!

La impresión fue muy fuerte, pero no duró apenas, porque instantáneamente, sintió un tirón, y cuando quiso darse cuenta, estaba de nuevo tumbada en la cama. Abrió los ojos y... nada... sólo oscuridad total.

Casandra estaba asombrada. ¿Qué había pasado? ¿Había sido sólo un sueño? ¿O tal vez fue algo parecido a lo que le había ocurrido cuando tuvo el accidente? Ella no le había comentado a nadie aquella extraña experiencia. De hecho, no sabía si había sido producto de su mente, como consecuencia del golpe, o había sido algo real. Y lo que le acababa de ocurrir había sido también

muy extraño ¡Y había podido ver! En todo caso, si era un sueño, era muy diferente de los que había tenido antes. ¿Era aquello una locura? Tenía que saber más...

Cerró los ojos, intentando que le pasara lo mismo, pero lo único que consiguió fue dormirse, como de costumbre.

Capítulo 8

Llegó la mañana, y con ella, la madre de Casandra, que la despertó.

—¡Casandra! ¿Todavía estás durmiendo? ¡Venga perezosa! ¡Que hoy nos vamos a casa!

La joven se desperezó y luego se incorporó.

—Mamá, anoche tuve un sueño... ¡más bonito!

—¿Sí, cariño? Me alegro mucho. ¿Y qué…?

En ese momento entró la enfermera, que le pidió a la madre de Casandra que la acompañara para darle unos papeles.

—Muy bien. — contestó Nuria —Hija, espera que ahora te ayudo a lavarte y a vestirte.

Casandra se quedó sola y se puso a pensar: "Bueno, ahora viene lo peor. Voy a salir de aquí, y no sé cómo voy a hacer. Hasta este momento, me han ayudado a hacer todo. A vestirme, lavarme, comer, desplazarme de un extremo al otro de la habitación... Pero ahora, ¿qué será de mí? No sé si seré capaz de hacer las cosas por mí misma. ¡Dios mío! ¿Por qué me tiene que pasar esto?... Y ese... idiota... Él estará tan feliz... ¡No es justo!..."

Todos estos pensamientos negativos fueron alimentando en su interior un sentimiento de rabia, pero también de incapacidad y tristeza. Cuando su madre entró de nuevo en la habitación, se encontró a Casandra muy decaída.

—¿Qué te pasa, hija? ¿Acaso no estás contenta de volver a casa?—

—Tengo mucho miedo, mamá. — contestó ella.

—Cariño, no vas a estar sola. Ya lo sabes...

—No sé si voy a ser capaz de...—

—Casandra, hay muchas personas ciegas en el mundo que viven, trabajan, se divierten, se casan y tienen hijos... tienen su vida, como cualquier otra persona. Algo diferente, de la de un vidente, pero eso tiene mucho más mérito. Tú también lo podrás hacer.

—Para ti es muy fácil decirlo...— dijo la muchacha.

—Tienes mucha razón. Pero no toda. A mí también me duele mucho verte así. Pero no sirve de nada que nos lamentemos. Ni tampoco que nos encerremos. Tenemos que seguir viviendo, y si quieres, tómate esto como un reto. ¡Vamos Casandra! ¡No te vengas abajo! Nos tienes a tu familia que te queremos, y te vamos a apoyar. También tienes a tus fieles amigas... Muchos quisieran tener lo que tú tienes...

La joven se quedó pensando en lo que le decía su madre, y poco a poco, se fue tranquilizando.

Después de que Casandra estuvo lista, llegó su padre que venía a recogerlas. Las enfermeras y el médico se despidieron de ella. Y también algunos de los enfermos y sus parientes.

Antes de salir, Casandra respiró profundamente, intentando con ello darse ánimos y se acordó de las rosas. Así que le pidió a su madre que no las olvidara.

Capítulo 9

Roberto y Ricardo recibieron a su hermana con una calurosa bienvenida. Su madre la instaló en su dormitorio. Lo primero que hicieron, fue empezar a reconocer su habitación. Y después aprender cómo ir al baño, y al comedor. Este trabajo la agotó bastante, especialmente porque ella se

encontraba muy tensa. Así que antes de comer, se acostó un poco en su cama. Su madre, le puso las flores en su dormitorio, muy cerca de su cama, a petición suya.

Casandra cerró los ojos decidida a descansar bien. Inspiró profundamente y luego soltó lentamente el aire. Pensó: "¡Qué fatigada me siento! Creo que podría dormir durante días."

Poco a poco, fue notando que el sueño la vencía, pero entonces oyó un ruido, fuera de la habitación. Se dijo:

—¿Qué habrá pasado?

Entonces se incorporó y abrió los ojos, y... ¡oh, sorpresa!... ¡Veía!...

Pero, de nuevo, la fuerte impresión se la volvió a jugar, y sintió el ya conocido tirón. Acto seguido se despertó. Casandra abrió los ojos, y ya no veía nada. Se incorporó, y nada... La joven se echó a llorar. ¿Por qué tenía esos sueños tan reales? Era una verdadera frustración tener la posibilidad de ver, para luego despertar y seguir siendo ciega...

Casandra se tumbó de nuevo y se puso de lado. Pensó: "Lo cierto es que todo esto es muy raro... ¡Ojalá pudiera tener ese sueño más largo!... Pensándolo bien, creo que me despierto muy rápido, porque me dejo impresionar. Lo que tengo que hacer, si me vuelve a pasar, es intentar no impresionarme. Aunque no sé si eso es tan fácil..." Así pensando, se volvió a quedar dormida, pero ya no tuvo el mismo sueño.

Después de un buen rato de siesta, la joven comió. Intentó aprender a hacerlo sola, aunque le costaba un poco de trabajo.

Por la tarde, vinieron sus amigas a verla. Pasó un buen rato con ellas. Les preguntó cómo iba todo en el instituto, y ellas le contaron algunas anécdotas, para hacerla reír. Las muchachas se daban cuenta de que Casandra lo estaba pasando mal, y ellas intentaban animarla, aunque fuera diciendo tonterías.

Capítulo 10

Así fueron pasando los días. Casandra, al principio, se esforzó para aprender a valerse por sí misma en casa, pero luego fue desanimándose y se limitó solamente a eso. De manera que no quería ni salir de casa, ni hacer otras actividades. Y como un pez que se muerde la cola, esto fue apagándola un poco más. Incluso, llegó un momento, en el que, ni las visitas de sus amigas, la animaban.

Dos semanas después de su salida del hospital, recibió un paquete. Ella estaba en su cuarto, intentando hacer su cama.

—Casandra, han traído algo para ti. — le dijo su madre, mientras entraba en la habitación.

—¿Para mí? ¿Qué es? ¿Y de quién?— preguntó ella extrañada.

—Pues no sé quién lo manda, porque no tiene el remite, pero si lo abres, sabremos qué es.

Casandra cogió el paquete, y lo palpó un poco.

—Está envuelto con papel. ¿Lo ha traído el cartero?— inquirió la joven.

—No, ha sido un mensajero. —respondió su madre — Y sí, parece ser un regalo.

—¿Un regalo? ¿Para mí?

Y empezó a abrirlo.

—¿Qué es, mamá?

—¡Ah! ¡Vaya, que bien! Es una caja de bombones. — contestó su madre.

—¿Bombones?— repitió la joven —A ver, vamos a abrirlos... Esto seguramente es cosa de las chicas... Aunque no comprendo por qué no me los han traído ellas personalmente...—se echó uno a la boca— ¡Umm! ¡Qué bueno! ¡Prueba uno, mamá!

Su madre sonreía. Echaba de menos el ver a su hija disfrutando de algo...

El sábado siguiente, Beatriz y Miranda fueron a ver a Casandra.

—Chicas, ¿sois vosotras las que me habéis enviado la caja de bombones? Estaban buenísimos. — les dijo Casandra.

—¿Bombones? Pues no, yo no he sido. — contestó Miranda.

—Yo tampoco. — respondió Beatriz.

—Venga ya, chicas. Vale que le queráis dar misterio, pero ya podéis confesar.

—En serio, yo no he sido. — dijo Beatriz.

—Pues lo siento, pero yo tampoco. — añadió Miranda — Seguramente ha debido de ser Felipe, otra vez.

—¿Felipe?... ¿Pero por qué?— preguntó Casandra.

—Pues muy fácil. Él siempre ha estado detrás de ti. Está muy claro que siempre le has gustado. Y ahora querrá ganar méritos — contestó Miranda.

Casandra se quedó pensando. Era cierto que su compañero de clase, le había pedido varias veces que saliera con él, pero ella nunca estuvo interesada en el muchacho y siempre se negó. Sí, podía ser posible la explicación de su amiga...

—Además, ¿quién más podía ser?— insistió Miranda.

—Sí, es posible. —dijo Casandra, pensativa— ¿Pero por qué no viene él a verme directamente? ¿Y por qué no pone su nombre en el remite?—

—Si no viene a verte, es porque piensa que le vas a rechazar de nuevo. Y lo del anonimato, seguramente es porque así resulta más romántico...— contestó Miranda soñadora.

Casandra se quedó más convencida con la explicación de su amiga. Luego siguieron hablando de otras cosas...

Capítulo 11

Dos semanas después recibió otro ramo de rosas. En medio de su tristeza, este detalle pareció alegrarla de nuevo. Se dijo:

— ¡Vaya, este Felipe está siendo muy simpático, después de todo!

Y le pidió a su madre que las dejara en su cuarto.

Aquella noche, cuando se acostó, cerró sus ojos y sentía perfectamente el aroma de las flores. Éste la envolvía, de manera que parecía relajar todo su cuerpo. Entonces escuchó la puerta de su habitación cerrarse dando un portazo. Pensó: "¡Vaya!, eso es que hay corriente. Será mejor que cierre la ventana."

Se levantó y se dirigió hacia la ventana. Esto lo hizo sin abrir los ojos, porque se sentía con mucho sueño, y además no le servía de nada abrirlos... Pero al ir a palpar la ventana, instintivamente los abrió. Entonces... ¡había ocurrido otra vez!... ¡Podía ver, de nuevo!

Sintió una gran alegría y justo cuando empezó a notar el tirón, se agarró a la ventana. Eso la retuvo. Ella intentó respirar profundamente para tranquilizarse, y lo consiguió. Luego, sin soltarse, empezó a recorrer la habitación con la mirada. Su dormitorio estaba igual que lo recordaba: su escritorio, el armario, la estantería donde tenía sus libros, los cuadros en la pared, la mesita de noche, en la que había un jarrón con las rosas, y... su cama... Pero en su cama se veía un bulto... ¡Claro!, era su cuerpo.

Sólo podía reconocer su cabeza, porque el resto del cuerpo estaba tapado. Empezó a ponerse nerviosa de nuevo y, sin darse cuenta, abrió la mano que la sujetaba a la ventana, y rápidamente volvió a sentir el tirón. En milésimas de segundo, volvió a su cuerpo, y se despertó.

Esta vez, Casandra se sintió más contenta. Al parecer, había logrado avanzar un poco en su extraña experiencia. Empezó a reflexionar sobre qué fenómeno podía ser ése. ¿Eran sólo sueños, o algo más...? Nunca le habían hablado de algo así. Empezó a recordar lo que le ocurrió cuando tuvo el accidente, y se preguntó quiénes serían aquellos seres que vio... ¿Y por qué le dijeron que aquello formaba parte de su aprendizaje?... ¿qué era lo que tendría que aprender?... La verdad es que todo resultaba demasiado enigmático. La joven sentía una mezcla de miedo y curiosidad, o más bien anhelo por saber más... Con esta idea, se fue durmiendo poco a poco.

Capítulo 12

Casandra solía levantarse tarde. No tenía muchas cosas que hacer, así que su madre la dejaba dormir lo que quisiera. Luego empleaba bastante tiempo en el sólo hecho de ir a la cocina, desayunar, ir de nuevo a su dormitorio, o al baño para arreglarse. A medida que el tiempo pasaba, ella iba desenvolviéndose cada vez mejor y más rápido. Pero siempre dentro de los límites de su hogar.

Unos días después, su madre estaba con ella en la cocina, y le hizo algunos comentarios:

—Cariño, hoy he visto a...— se paró un poco, como dudando.

—¿A quién?

—Pues al joven que conducía el coche... del accidente— dijo por fin.

Casandra sintió un vuelco en el corazón.

—¿Estaba conduciendo, ese imbécil?

—No, iba andando. Me ha preguntado por ti.

—¡Ya!— dijo Casandra secamente— ¡Pues se podía haber ahorrado la pregunta! ¡No le habrás contestado nada!, ¿no?

—El muchacho parecía estar realmente preocupado por ti. Me ha dicho que se sentía muy mal por lo ocurrido...

—¡¡Mucho peor me siento yo!!— gritó la joven— Él está tan campante, mientras que yo no puedo ver.

—Cálmate, Casandra. Me ha dicho...— empezó su madre a decir.

—¡¡Mamá!!— le interrumpió su hija mostrando su rabia — ¡No me hables más de ese... idiota! ¡No lo soporto! ¡No quiero saber nada de él! ¡Ni de lo que siente! ¡No me importa nada si sufre o no! ¡Más sufrimiento me ha causado él a mí! ¡Lo odio!, ¿me oyes? ¡Lo odio!

—Está bien, hija —le dijo su madre con dulzura —Olvídalo. Siento haberte hablado de esto.

Casandra no dijo nada, pues en realidad se daba cuenta de que le gritó a su madre de una forma tiránica, y se arrepintió de haberle increpado en ese tono.

Las dos se quedaron calladas, hasta que la madre le dijo a su hija:

—Hablando de otra cosa, también he estado en una escuela para ciegos.

La joven se sorprendió, pero se quedó callada.

Entonces su madre

—Has aprendido ya algunas cosas aquí en casa. Pero aún te falta mucho para poder desenvolverte fuera.

Casandra seguía sin hablar.

—En esa escuela enseñan todas las cosas básicas y también varias actividades y oficios. Allí los alumnos aprenden prácticamente de todo...

—Yo no tengo necesidad de ir. — contestó la muchacha — Yo voy a curarme y todas esas cosas me salen sobrando.

—Es posible que así sea. Pero mientras tanto, te puede servir. Además, estás siempre aquí metida... ¡Hija! Tienes que salir... Y tienes que perder el miedo. En esta escuela te pueden ayudar mejor que nosotros.

—No quiero ir, mamá. Yo voy a curarme pronto. Tengo que curarme pronto...

—Casandra, te hará bien.

—¡No quiero, mamá! ¡No me obligues, por favor!— dijo Casandra gimoteando.

—Está bien. Lo dejaremos por ahora. Pero, por favor, piénsalo. —contestó su madre.

Al cabo de unos días, llegó otro paquete para Casandra. La joven, siempre se sorprendía, pero también le resultaba agradable. Esta vez, era una cajita de música. No conocía la melodía, pero le gustó mucho desde la primera vez que la escuchó. Entonces pensó en Felipe, y en sus esfuerzos por agradarla. La verdad es que él no le atraía. El muchacho no era ni feo, ni mala persona, pero

tampoco tenía algo que realmente sedujese a Casandra. Sin embargo sus presentes sí le cayeron en gracia, no por los regalos en sí, sino por el detalle.

Y dos semanas después, recibió más rosas.

Capítulo 13

Aquella noche, Casandra volvió a acostarse con el aroma de las flores en su habitación. Pensó: "¡Qué curioso, que este olor me relaje siempre tanto!" Se fue sintiendo más y más ligera, y de pronto, le entraron ganas de levantarse. Se incorporó, abrió los ojos… y vio su habitación... Esta vez, se mantuvo mucho más tranquila. Entonces se levantó totalmente, se agarró a la mesa, y miró bien a su alrededor. También miró su cuerpo, que estaba allí dormido. Sintió de nuevo una gran emoción, pero esta vez no se soltó de la mesa. Cuando se tranquilizó, se dirigió hacia la puerta de su habitación. La tocó, y luego separó su mano. Sin saber por qué le vino una idea. Volvió a poner la mano en la puerta, y… ¡la atravesó! Siguió pasando su brazo y luego el resto del cuerpo... Casandra estaba algo sorprendida, pero también divertida. ¡Acababa de atravesar la puerta! Lo intentó otra vez, entrando hacia su dormitorio y lo logró de nuevo. Y lo hizo por tercera vez, saliendo hacia el pasillo. Luego siguió andando por el pasillo. Reconoció también todos los adornos. Desde su accidente, no había vuelto a ver todo aquello. Era una sensación extraña... Después se dirigió al cuarto de sus padres, pero al pasar por el dormitorio de Roberto, vio la puerta abierta y la luz encendida. Entró y vio a su hermano. Estaba estudiando. ¡Que feliz se sintió Casandra de verlo!... Le dieron ganas de llorar, y... ¡ay!... no le dio tiempo de agarrarse a nada y volvió rápidamente a su cuerpo. Casandra se despertó, y se dijo emocionada:

—¡Roberto! ¡Qué alegría volver a ver a mi hermano!

Pero luego pensó: "Quizás, sólo haya sido un sueño". Entonces se levantó, y se dirigió lentamente hacia el dormitorio de su hermano mayor. Lo llamó en voz baja:

—¡Roberto! ¿Estás despierto?

—Sí. ¿Qué ocurre, hermanita?— le preguntó él.

—Nada, nada. ¿Qué haces?

—Estoy estudiando. Pero ¿qué haces levantada?

Casandra sonrió y le dijo:

—Es que...— algo la retuvo de contarle lo ocurrido— es que quería darte las buenas noches...

—¡Ah! ¡Vale! ¡Buenas noches, entonces!

Casandra se acercó hacia él, y le buscó la cara con las manos, y luego le dio un beso.

—¡Buenas noches!

Su hermano se levantó y la cogió por los hombros, diciéndole cariñosamente:

—Venga, te acompaño a tu cuarto.

—No hace falta. Mejor no te distraigo más.

—No, si me viene bien. Así cambio un poco.

La acompañó, esperó a que se acostara y luego la arropó.

—¡Oye! ¡Si que huelen bien estas flores!...— exclamó Roberto— ¡Tu enamorado te tiene perfumada!

—No es mi enamorado— replicó ella— Pero sí es verdad que tienen un aroma muy especial. Casi mágico.

—Bueno. Hasta mañana— se despidió él.

—Hasta mañana, Roberto— contestó ella.

Casandra se quedó pensando en lo que le había ocurrido. Al parecer, no se había tratado de un simple sueño. Había sido totalmente real. Acababa de comprobarlo con su hermano. Se sintió extrañamente contenta. Cuando se acostó, se dio media vuelta, e intentó dormirse de nuevo. De pronto, se dio cuenta de un sonido que le era muy familiar... Eran las aves que el vecino tenía en la

cochera. Ya las había oído las noches que había abierto un poco la ventana. Pero de nuevo las oía como si la llamaran y le dijeran: "¡Queremos salir! ¡Casandra! ¡Tú también debes salir, para liberarnos a nosotras!"

Casandra se dijo que aquello era sólo producto de su imaginación. Sin embargo, no era tan absurdo. Ella, que siempre había querido luchar por los débiles, ahora estaba estancada. El caso es que allí encerrada, nunca podría hacer nada. Tenía que salir de allí y seguir luchando dentro de sus posibilidades. Quizás, la proposición de su madre de ir a una escuela para ciegos, no era tan terrible. Además eso le abriría el campo de acción.

Sin darse cuenta, el sueño se fue apoderando de ella, hasta que se quedó completamente dormida.

Capítulo 14

A la mañana siguiente Casandra se levantó de buen humor. Cuando fue a desayunar le dijo a su madre:

—Mamá, creo que voy a intentar lo de esa escuela.

—¿De verdad? Me alegro mucho. Hoy mismo voy a hablar con el director del centro, para ver cuándo puedes empezar. Ya verás que no te vas a arrepentir...

—Espero que no.

Así que aquella tarde, mientras Casandra hacía una pequeña siesta, sus padres fueron a la escuela para ciegos. Más tarde llegó su madre que le comunicó los resultados.

—Mamá, ¡por fin! ¡Cuánto has tardado!— le dijo Casandra impaciente.

—Sí... es que después de visitar la escuela... me he entretenido un poco... en el centro. Tu padre ya se fue a trabajar. — contestó la madre.

—¿Y bien...?— inquirió su hija —¿Cómo ha ido? ¿Cuándo empiezo?

—Ha ido muy bien. Hemos hablado con el director, y vas a empezar la semana que viene. Tu horario será de 9 de la mañana a 2 de la tarde. Ya tienen todas tus referencias. Así que cuando estés allí te explicarán, poco a poco, todo... He visto algunas clases, y los alumnos están muy integrados. Creo que será una experiencia interesante para ti.

—Bueno, voy a probar. Al menos no estaré siempre encerrada aquí. Ya estoy un poco cansada de ello. Parezco uno de esos pobres pajarillos, que nuestro vecino tiene encerrados.

—¡Claro que sí, hija! ¡Ésta es mi Casandra! —exclamó la madre emocionada.

—Bueno, ¿y dónde se encuentra la escuela? ¿Está lejos de aquí?— interrogó la joven.

—No. Está a un cuarto de hora, andando. —explicó su madre.

—¡Ah, vale! No está lejos. — comentó la muchacha.

—Yo te llevaré por la mañana. — aclaró Nuria — pero al medio día,... como me viene un poco justo para recogerte... habrá una persona que te traerá a casa.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?— preguntó Casandra.

Su madre le explicó:

—Bueno, en la escuela, además de profesores, hay voluntarios que ayudan en clase, o en el comedor, para los que se quedan a comer, o incluso para recoger de sus casas a los alumnos, que lo necesiten, o acompañarles después de vuelta a sus casas.

—¡Vaya, es una escuela muy completa! ¡Creo que me van a caer bien!— dijo Casandra.

Aquello de que hubiera gente que dedicaba parte de su tiempo a ayudar a otros, sin cobrarles nada, era algo que le llegaba muy profundo...

Capítulo 15

La semana se pasó algo lenta. La verdad es que Casandra ya tenía ganas de empezar las

clases. El sábado vinieron sus amigas, como tenían ya por costumbre. La muchacha les contó que iba a ir a la escuela de ciegos, y sus amigas se alegraron mucho, por ella.

—Ahora aprenderás a leer con los dedos. — comentó Beatriz— Tiene que ser interesante.

—Sí, creo que sí. Al principio no quería ir, pero luego lo pensé mejor, y ahora estoy deseando empezar. — declaró Casandra.

—Ya veo que estás mucho más animada que el sábado pasado. — dijo Beatriz.

—Sí. He pasado algunos días un poco malos. — reconoció Casandra.

— ¿Y qué te ha hecho cambiar?— inquirió Miranda curiosa.

—Pues... no sé... Creo que son esas rosas, que ejercen sobre mí, cierta paz.— confesó a medias la joven.

—¿Las rosas?— repitió Miranda.

—Sí. Las que me manda Felipe.

—¡Ah!— exclamó Miranda, algo seria.

—Oye, Casandra. Tenemos que decirte una cosa. — dijo Beatriz.

—¿Qué cosa?

—Tú... ¿sientes algo por Felipe?— interrogó Beatriz.

—¿Yo?...Bueno, la verdad es que... a mí nunca me ha gustado. Ya lo sabéis. Pero reconozco que el chico se está portando muy bien conmigo...

—Pues es que creo que ya se ha cansado de esperarte. — declaró Beatriz.

—¿Por qué dices eso?— preguntó Casandra.

—Porque lo hemos visto saliendo con otra chica. — dijo Miranda.

—¡Ah!...— exclamó Casandra — Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Ya me había acostumbrado a recibir sus regalos, pero es lógico que él tenga que seguir su vida. Por lo demás, me alegro de que haya encontrado alguien que le corresponda...

—Y yo me alegro de que esto no te haya dolido. — dijo Beatriz.

—No, claro que no. — respondió Casandra.

Pero nuestra protagonista pensó que lo que realmente iba a echar de menos eran aquellas rosas que de alguna manera estaban ligadas a las extrañas, pero bonitas, experiencias que había tenido.

Luego sus amigas le contaron, que el final de su curso se aproximaba, y también le hablaron de las perspectivas que tenían. Casandra se lamentó interiormente, de no poder estar en la misma posición que sus amigas, pero no les dijo nada para no entristecerlas.

Capítulo 16

Llegó el lunes. Casandra se levantó temprano. Estaba bastante nerviosa.

—Me siento como una niña que va por primera vez al colegio. —le decía a su madre.

Después de desayunar, la joven se fue acompañada por su madre a la escuela. Allí le presentaron al director del centro, y a algunos profesores. Enseguida se incorporó a una clase. Y conoció a sus nuevos compañeros, a través del sonido de su voz. Por ser el primer día, empezó con las nociones básicas. Casandra estuvo muy atenta a todo, y sentía muchas ganas de aprender. Y de esta manera, la mañana se le pasó muy rápida.

Al mediodía la esperaba un joven voluntario, que era quien la iba a llevar a su casa. Su profesora les presentó:

—Bueno, Casandra, te presento a la persona que te va a acompañar. Se llama Jacobo. Jacobo, ésta es Casandra.

—¡Hola!— saludó la muchacha.

—¡Hola! ¿Qué tal?— le contestó él.

A Casandra le agradó mucho la voz del joven.

—Gracias, por tu ayuda. — dijo ella.

—No tienes que darme las gracias. Esto me ayuda más a mí que a ti. — repuso Jacobo.

Casandra pensó: "Debe de ser un voluntario convencido, que se siente bien cuando ayuda a los otros. Así debería de ser todo el mundo."

Y se pusieron a caminar hacia la casa. Casandra llevaba un bastón que le habían comprado sus padres. Así que de una mano llevaba el bastón, y con la otra se cogió al brazo de Jacobo según indicaciones de él.

Mientras hablaban, fueron charlando todo el camino.

—¿Hace mucho tiempo que eres voluntario en esta escuela?— inquirió ella.

—Pues... la verdad es que no mucho. —contestó él— Y tú, ésta es la primera vez que vienes, ¿verdad?

—Sí. He empezado hoy.

—¿Y qué tal te ha ido?

—Creo que bastante bien. Parece un poco complicado, pero... yo soy muy lista, ¿sabes?— bromeó ella.

El joven se rio.

—Estoy seguro de que así es.

—Oye, pero aparte de esto, ¿tú trabajas o estudias?— interrogó ella.

—Sí. Soy profesor de música.

—¡Oh! ¡Qué interesante! Pero, ¿cuándo trabajas, si tienes que venir a la escuela?

—Bueno, puedo compaginar bien todo. Tengo un buen horario en mi trabajo. Pero mejor háblame ahora de ti. — le dijo Jacobo.

—Pues yo... no sé por dónde empezar. Me quedé ciega hace algunos meses, a causa de un accidente que tuve... Estuve casi un mes en el hospital, y luego me fui a casa, de donde no he salido hasta ahora. De hecho, hoy es el primer día que salgo a la calle.

—Siento mucho lo de tu accidente. Y me alegro de que te hayas decidido a venir a esta escuela. Los profesores son bastante buenos, ¿sabes?

—Gracias. La verdad es que ahora estoy un poco más animada, pero lo he pasado bastante mal. Ya me voy acostumbrando a esto, pero al principio, creí que era una pesadilla.

El joven guardó silencio.

—Pero ya te digo que estoy mejor...— dijo ella —Además tengo muchas cosas que aprender. Incluso puede que un día pueda hacer lo que tú haces.

—¿Yo? ¿A qué te refieres?— preguntó él.

—A ayudar a otros. ¿No crees que yo también pueda hacerlo?

—Claro que sí. Eso sería estupendo. Pero, con respecto a mí, ya te he dicho que el ayudarte me beneficia tanto o más a mí, que a ti.

Casandra sonrió. Aquel joven le caía definitivamente bien. Y le producía una cálida sensación. Le hacía sentirse muy cómoda y, aunque era la primera vez que estaba con él, se sentía inclinada a hablarle abiertamente de todo.

Charlando se le hizo corto el paseo y cuando se quiso dar cuenta, ya habían llegado a casa. Jacobo la llevó hasta el portal, y se despidió de ella. Casandra dudó si decirle que pasara a saludar a su madre, pero pensó que seguramente él se sentiría incómodo. Así que finalmente le dio las gracias de nuevo, y se despidió hasta el día siguiente.

Capítulo 17

—¿Cómo te ha ido, hija?— le preguntó su madre.

—Bastante bien. He aprendido algunas cosas. — contestó ella.

—¡Qué bien! Y... ¿qué tal te has apañado para venir andando?

—Bien, también. Me ha acompañado uno de los voluntarios. Se llama Jacobo, y es muy agradable. Hemos venido charlando todo el camino. Es profesor de música, y alterna su trabajo con

el voluntariado. ¿No es estupendo? Es muy simpático. Y muy amable también.

—Te veo contenta, y eso me hace feliz. —dijo su madre — Bueno, ahora ve a lavarte las manos. Tu padre llegará en menos de diez minutos, y ya sabes que viene con un hambre...

Casandra se echó a reír y se fue en dirección al baño.

Al día siguiente, Jacobo volvió a llevar a Casandra a su casa. Como el día anterior, fueron charlando animadamente de cosas diversas. La joven le contó cómo había liberado los pájaros que su vecino había atrapado. Él se rio de buena gana.

—La verdad es que nunca se lo había confesado a nadie.— dijo ella —Mis padres se lo imaginan, pero yo nunca lo he admitido. Espero que sepas guardar el secreto.

—No te preocupes. Mis labios están sellados. — contestó él — En todo caso, creo que eres muy valiente. Aunque no creo que a ese hombre le parezca muy bien lo que haces.

—Esos pájaros nacieron en libertad, y él no tiene ningún derecho a esclavizarlos. Si los cazara para poder comer sería distinto porque eso formaría parte de la ley de la naturaleza. Pero en este caso, es sólo una diversión, y su codicia. — explicó ella, muy apasionadamente.

—Sí. Llevas razón. Pero el mundo está lleno de personas distintas, con ideas distintas y con sentimientos distintos. Seguramente habría personas que podrían refutar tus razones.

—No puedo imaginarme qué clase de lógica podrían utilizar. Lo que yo digo es una verdad. —rebatió la joven.

—Eso es lo que piensas tú. Pero ¿crees que eso es lo que piensa tu vecino?

—¡Ese hombre! ¡Yo creo que no sabe ni pensar!— exclamó Casandra.

Jacobo se echó a reír.

—¿Acaso,— le preguntó la muchacha — crees que lo que hace está bien?

—Bueno, si te refieres a que si apruebo su conducta, la verdad es que no.

—¿Pero piensas que yo hago mal?

—En todo caso, me gusta que lo hagas. Eso demuestra que tienes un corazón bondadoso.

Casandra se sonrió. Estaba contenta. Después de todo, él estaba de acuerdo con su atrevimiento.

Por fin llegaron a su casa. Jacobo se despidió de ella en la puerta, como el día anterior.

Al día siguiente, volvieron a caminar juntos, y al otro, y al otro. Casandra pensó que cada día podía ser un voluntario diferente el que la llevara a casa, pero por lo visto, ya estaba asignado ese trabajo para el joven. Ella se alegraba, porque Jacobo le agradaba mucho, y conforme lo trataba le gustaba más y más su forma de ser.

Llegó el sábado, y sus amigas vinieron como siempre. Casandra tenía muchas cosas que contarles. Les habló de todo lo que estaba aprendiendo en la escuela, y también de Jacobo. Por supuesto, con el entusiasmo que le caracterizaba.

—¡Vaya, vaya!— exclamó Miranda —Me parece que te gusta ese joven.

—No— contestó Casandra —Es sólo un buen amigo. Se está portando muy bien conmigo. Me ayuda mucho. Y también hablo muchas cosas con él.

—¡Ya! Pero confiesa que te gusta, aunque sea un poquito— insistió Miranda.

—¡Anda ya!— respondió Casandra —Si ni siquiera sé cuántos años tiene, ni si tiene novia..., o está casado... Tampoco sé que aspecto tiene. A lo mejor es muy feo...—

—O a lo mejor no. —intervino Beatriz — Pero bueno, eso no es lo más importante ¿no?—

—¿Por qué no le preguntas todas esas cosas a él?— sugirió Miranda.

—¡Qué dices! Me moriría de vergüenza. Además ya te he dicho que es sólo un amigo, y el resto, me da igual.

En el fondo, Casandra reconocía para sí misma, que Jacobo le gustaba muchísimo. Pero tenía miedo de saber más cosas. Podía llevarse una desilusión. Y ella no quería eso. Pero no quería confesarles a sus amigas sus verdaderos sentimientos. Al menos, no todavía.

Las muchachas también le contaron cómo les había ido a ellas durante la semana. Casandra seguía envidiándolas un poco, pero ya estaba más conforme con su suerte.

Capítulo 18

Llegó el lunes. Casandra volvió a encontrarse con Jacobo después de las clases. Estaba muy contenta. Como siempre, regresaron a casa charlando. La joven le habló de sus amigas.

—Nos conocemos desde muy pequeñas, y siempre hemos sido muy buenas amigas. Beatriz es la más responsable de las tres. Siempre reflexiona las cosas, y también nos da buenos consejos. Miranda es un poco más loquilla. A veces discutimos un poco. Pero son discusiones sin importancia... Las dos son excelentes amigas, y tienen muy buen corazón...—

—Es estupendo tener amigas así. —comentó él.

—Sí. —respondió ella, pensativa— Cuando tuve el accidente, ellas estaban conmigo. Lo vieron todo. Y... sé que lo lamentaron mucho.

Dijo esto mientras recordaba, que las había visto llorar, cuando ella estaba fuera de su cuerpo.

—Ya — dijo él— Supongo que lo pasaron mal.

Casandra asintió, mientras le venían las imágenes de lo ocurrido.

—Háblame del accidente. —le pidió él, de repente.

La muchacha suspiró.

—Bueno, yo fui a cruzar, y me arrolló un coche. Luego, parece ser que estuve un par de días inconsciente... y cuando me desperté, ya no podía ver. —resumió ella.

—Lo siento. Ha tenido que ser muy duro para ti.

—Sí. Ya lo creo. El hecho de quedarme ciega fue terrible... Pero lo que más rabia me da, es que el tipo que me arrolló se ha quedado tan pancho, como si nada... Y encima me echan a mí la culpa. Vale que parte de ella sea mía, pero él es el verdadero culpable.

—Ya veo. Pero quizás él también se sienta mal por ello.

—Sí, eso es lo que quiere hacer ver. Pero yo sé que no es verdad.

—¿A qué te refieres?

—Pues... me dijeron que vino al hospital para interesarse por mí. Pero seguro que lo hizo, para ver si me pasaba algo que pudiera ocasionarle algún problema... Y creo que también se lo encontró mi madre un día. El hipócrita, le pondría carita de bueno... y le preguntó por mí... ¡Como si de verdad le interesara!— dijo ella, con desprecio.

—Puede ser que sí esté preocupado por ti...

—¡No! —exclamó Casandra, notando de nuevo la rabia— ¡No me lo trago! ¡Es un imbécil! Seguro que ahora querría hacerse la víctima. Pero aquí la única víctima que hay, soy yo, que me he quedado ciega. Y quizás sea para siempre.

Conforme iba hablando, iban apoderándose de ella la rabia y el rencor. El joven le dijo:

—Casandra, sé que esto ha sido un golpe demasiado duro para ti. Pero intenta abrirte a la posibilidad, de que... él sea sincero en su interés. Cualquier persona que tuviera corazón sentiría lo que te ha pasado...—

—¡Él no! Estoy segura de que no...

—¿Por qué estás tan segura? ¿No será el despecho el que habla en ti?

Casandra se soltó del brazo de él, y con fiereza contestó:

—¡Puede ser que esté despechada! ¡De hecho, le odio! ¡Tanto como nunca he odiado a nadie! ¡Nunca le perdonaré lo que me ha hecho!... ¡Y no quiero saber nada de él! ¡No quiero que me hablen de él! ¡No quiero ni que me lo nombres!—

Y se quedó callada, reprimiendo sus ganas de llorar.

El joven suspiró. Luego le cogió de la mano, y le dijo:

—Perdóname, Casandra. No quería hacerte daño. Siento haber sacado este tema.

Pero la joven no podía hablar, porque tenía un nudo en la garganta. Él puso la mano de la joven agarrada en su brazo.

—¡Anda, vamos a seguir! Ya estamos cerca de tu casa.

Caminaron en silencio durante un minuto más, y llegaron a la casa. Él llamó a la puerta, y

luego se despidió de ella.

—Hasta mañana, Casandra.

—Hasta mañana. —murmuró ella.

Capítulo 19

Cuando la joven entró en la casa, su madre la recibió, como siempre.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó la madre.

—Bien... supongo. —contestó ella.

Y entonces, por fin se echó a llorar.

—¿Qué te ha pasado, hija?— preguntó su madre asustada.

Entre medias del lloro, la joven logró decir:

—¡Oh, mamá! ¡Qué tonta he sido!

—Pero, ¿qué ha ocurrido?

—Me he enfadado con Jacobo. Y me he enfadado muchísimo. Le he gritado, y luego no le he querido dirigir la palabra...— y se puso a llorar más intensamente.

La madre le abrazó, y le preguntó:

—¿Por qué? ¿Cuál ha sido la causa?

—Él me ha preguntado por el accidente. Y luego hemos estado hablando del tipo que conducía el coche. Me decía que quizás sintiese lo que había hecho. ¡Claro! Él no sabe qué tipo de persona debe ser... Como tiene tan buen corazón se piensa que todo el mundo es igual... El caso es que, al final, me he enfadado con él... ¡Oh! Y me he portado horrible... ¡Aaayy! Seguro que ya no va a querer seguir ayudándome... ¡Y todo por ese imbécil! ¡No sólo me deja ciega, sino que es el motivo de mis enfados con la gente...!

—¡Ay, Casandra!— suspiró su madre —¡Tú y tu temperamento! Bueno, no te preocupes. Mañana le hablas y te disculpas. Él lo va a entender...

—¿Y si no viene más?— exclamó la joven temerosa.

—Seguro que sí. Ya lo verás... ¡Anda! Lávate, que ya mismo está aquí tu padre.

—Yo no tengo ganas de comer...— contestó Casandra.

—No digas tonterías. Tienes que comer. No puedes debilitarte... Además... sabrás que día es hoy, ¿no?

—¿Hoy? Pues... no sé...

—Hoy es lunes... Y, ¿no pasa algo cada dos lunes?

Casandra se quedó pensando. ¿Qué pasaba un lunes sí y otro no? No sabía...

—Cada dos semanas, últimamente, ¿no...?— insistió Nuria.

"Cada dos semanas", pensó Casandra. Entonces se dio cuenta de lo que su madre quería decirle.

—Cada dos semanas, recibo un regalo. Unas veces son las rosas, y otras veces, otra cosa...

—Exactamente. Pues bien, aquí tienes lo que has recibido hoy.

La muchacha se quedó asombrada. Sus amigas le habían dicho que Felipe estaba saliendo con otra chica. ¿Cómo es que le seguía enviando cosas?

Abrió el paquete, y resultó ser un peluche.

—¡Qué suave! ¡Da gusto acariciarlo! —exclamó — Pero ¿qué es?

—Es un gatito. Un gatito blanco. Es muy lindo. Parece de verdad.

—¡Ah! ¡Qué gracia! ¡Qué ocurrencia! Esto debe ser porque sabe que me encantan los gatos, y que vosotros no me dejáis tener uno. Pero no entiendo por qué sigue enviándome cosas...

—¿Cómo? ¿Pero tú sabes quién te lo envía?— inquirió la madre.

—Pues... sí. Bueno, eso creo. Me parece que es un compañero de clase. Quiero decir del instituto. Al menos eso es lo que hemos pensado las chicas y yo.

—¡Ah!... —exclamó la madre, pensativa, y luego continuó: —No sabía nada...

Casandra abrazó el peluche, y sonrió. De nuevo, un presente de su antiguo compañero, le había alegrado un poco la vida. Más animada fue a lavarse las manos para comer.

Capítulo 20

Después de comer, Casandra se sintió un poco somnolienta. Se sentó en el sofá, y se fue quedando dormida. Al poco tiempo, llegó su hermano Ricardo. Entre sueños, ella lo oyó hablar. Pensó que hacía demasiado ruido, así que sin abrir los ojos, le dijo que hablara más bajo. Su hermano, ni se inmutó y siguió hablando en el mismo tono. Casandra insistió:

—¡Ricardo, habla más bajo! ¡Quiero dormir!

Pero él no le hacía caso. Entonces Casandra perdió la paciencia y se levantó, al mismo tiempo que abría los ojos. Pero, ¡he aquí!, que veía perfectamente. La joven se quedó parada por un momento, y luego se giró para mirar el sofá. Efectivamente, su cuerpo estaba allí dormido. ¡Lo había vuelto a hacer!

Se agarró rápidamente a la mesa, y empezó a mirar a su alrededor. Vio a Ricardo sentado, mientras devoraba el arroz. Luego entró su madre que le traía una fuente con fruta. Sin soltarse, se quedó mirando a los dos. Se sintió emocionada. Estaba con ellos todos los días, pero ¡hacía tanto tiempo que no los veía!...

Después, decidió que debía seguir viendo más cosas. Y entonces salió a la calle. Lo hizo atravesando la puerta de la entrada. Vio mucha gente, pero nadie la veía a ella. Siguió caminando calle arriba, y de nuevo observó que flotaba algunos centímetros, por encima del suelo. Saltó un poco y vio que se elevaba bastante. Incluso podía desplazarse en el aire. Podía volar...

De repente, se dio cuenta de que a lo lejos alguien la miraba... Se trataba de la hermosa mujer que vio cuando tuvo el accidente. Se acercó a ella.

—¡Hola Casandra!— dijo la mujer, con una voz extraordinariamente bella.

—¡Hola! —contestó la joven —¿Quién eres?

La mujer sonrió, y le contestó:

—Yo soy tu Madre Naturaleza particular. La que siempre ha estado contigo, siempre está, y siempre estará.

—No entiendo muy bien...

—No te preocupes. Ya entenderás. Pero es necesario primero, que aprendas a perdonar...

Casandra sintió el tirón, y volvió a su cuerpo. Se despertó, abrió los ojos, y… sí, esta vez sí había despertado, porque estaba ciega de nuevo.

La joven se quedó pensando en lo ocurrido. Le había impresionado mucho. Y aquello de que "debía aprender a perdonar"... Eso, de momento, iba a ser difícil. Porque seguro que aquella dama se refería al dichoso conductor ese...

En ese momento, su madre le dijo:

—¿Ya te has despertado? ¡Hija, que sueño más profundo tienes! ¡Con el ruido que ha hecho tu hermano, y tú, nada...! ¡Ni te has movido!

Casandra pensó: "Eso es lo que vosotros creéis". La joven no se sentía inclinada a contarle a nadie lo que le ocurría. De momento, quería esperar, para ver qué pasaba. Al menos, de una vez para otra, iba avanzando un poco más en sus experiencias. Y eso le daba un cierto anhelo que la impulsaba a querer más...

Capítulo 21

Por la noche, antes de acostarse, Casandra volvió a pensar en el nuevo presente de Felipe. Entonces decidió telefonear a Beatriz.

—Beatriz, soy Casandra.

—¡Anda! ¡Qué sorpresa! Hacía un montón de tiempo que no hablábamos por teléfono.

—Sí, es verdad. Bueno, te llamo porque estoy un poco extrañada. Verás, hoy me ha llegado otro paquete.

—¿De Felipe?

—Pues, no sé. Al menos viene igual que los otros...

—¡Qué raro! Si Felipe está saliendo con otra chica.

—A mí también me parece raro... Oye, ¿tú no querrías preguntarle, discretamente... si ha sido él quien me lo ha enviado?

—Bueno... Aunque a mí me da un poco de corte. Pero si quieres...

—Si no, podemos decírselo a Miranda— sugirió Casandra.

—¡Ummm!... ¡Vale! Tú no te preocupes. Entre las dos se lo preguntaremos.

—Gracias. Sois un cielo... ¿Y luego me llamarás para decirme lo que sea?

—Síii. No te preocupes...

—Bueno, entonces... ¡hasta que me llames!

—Procuraré hablar con él mañana mismo.

—Entonces ¡hasta mañana!— dijo Casandra.

—¡Hasta mañana! ¡Y buenas noches!— contestó Beatriz.

Aquella noche a Casandra le costó conciliar el sueño. Por un lado pensaba en el hecho de que Felipe continuara enviándole regalos. Por otro, pensaba en la experiencia que había tenido durante la siesta. Pero también le preocupaba que Jacobo se hubiera molestado, y no quisiera seguir llevándola a casa. Eso lo sentiría mucho porque se estaba encariñando mucho con él. Después de pasar un buen rato con la cabeza de un lado para otro, por fin se durmió.

Capítulo 22

Al día siguiente, en la escuela, Casandra estaba nerviosa pensando si él estaría allí o tal vez viniera otra persona. Cuando salió, Jacobo la estaba esperando. Ella sintió la alegría inundando todo su ser.

—¡Hola Casandra!— le saludó él.

—¡Has venido!— le contestó ella, contenta.

—¡Claro! ¿Pensabas que no?

—Creí que estarías molesto conmigo, por mi comportamiento de ayer...— dijo la joven.

—No. Yo no estoy molesto. En realidad, creo que metí la pata un poco. Supongo que no tenía derecho a decirte... Pero bueno, será mejor que dejemos eso, ¿vale?

—Vale —respondió ella— Pero de todas maneras, quiero pedirte disculpas por haberme puesto hecha una energúmena.

—¿Una energúmena?— repitió Jacobo. Y luego se echó a reír.

Ella también se rio un poco. Se sentía feliz. Empezaron a caminar, como siempre: ella llevaba el bastón de una mano, y con la otra se agarraba al brazo de Jacobo.

— Oye, Jacobo, — inquirió ella, en un momento de valentía— ¿tienes novia?

— ¿Yo? Pues la verdad es que no. —contestó él.

— ¡Ah! ¿Tal vez estás casado?— insistió la joven.

—Tampoco.

—¡Ah! ¡Vale!— exclamó la muchacha.

—¿Y tú? ¿Tienes novio?

—¡Que va! Soy todavía muy joven...

—Bueno, a tu edad, hay muchas chicas que ya lo tienen...

—Tengo 17 años. Dentro de poco cumpliré los 18...— contestó ella —¿Y tú, cuántos tienes?

—Pues yo ya voy camino de los 25. Como verás... soy un viejo...— bromeó él.

—¡Sí, claro!...— contestó ella riéndose —Oye, ¿y cómo es que no tienes novia?

—Por dos razones. Primera, porque soy demasiado feo, como para que me quieran. Y segunda, porque hasta ahora no he encontrado a la dulce princesa de mis sueños...

Casandra volvió a reírse. Por un lado, porque le había hecho gracia el tono en el que había hablado su amigo, pero por otro, porque se sentía contenta al saber que nadie ocupaba todavía sus pensamientos...

—Seguro que con todos los años que tienes...— dijo bromeando Casandra— has tenido que conocer a montones de chicas. No me digas que nunca te ha gustado ninguna...

—No lo suficientemente como para pedirle que fuera mi novia. —contestó él —Hay muchas jóvenes bonitas y con muchas virtudes, pero no todas son para mí. Verás, yo soy hombre de una sola mujer, ¿entiendes?

—Sí. Yo también soy así. —contestó la joven.

Continuaron charlando, hasta llegar a la casa.

Capítulo 23

Poco después de comer, Casandra recibió la llamada de Beatriz.

—¿Has podido hablar con Felipe?— inquirió Casandra.

—Sí. Miranda y yo hemos hablado con él. Y no te lo vas a creer... pero no tenía ni idea de los regalos. Ni de este último, ni de los otros...

—¿Cómo? ¿No los enviaba él?... ¿Pero entonces...? ¡No! ¡Seguro que os ha engañado! Si lo hacía anónimo, era porque no quería que supiéramos que era él...

—Eso dijo Miranda. Pero la cara que ponía Felipe, era de no saber nada de verdad. De todas maneras, nosotras le insistimos, y ¡ya sabes cómo se pone Miranda cuando se empeña en algo!, pero nada... No, Casandra, no es él. Piénsalo, y verás que no es lógico. En realidad, no es típico de Felipe. No sé ni por qué se nos ocurrió pensar en él...

Casandra pensó en el muchacho, y efectivamente llegó a la conclusión de que aquellos presentes, no se correspondían con el carácter de Felipe, que no era nada romántico ni detalloso.

—Sí, puede ser...— murmuró ella —Fue Miranda la que nos convenció. Dimos por hecho que era cierto... Pero, entonces... ¿quién es la persona que me envía estas cosas?

—Yo he pensado que quizás sea alguno de tus hermanos, para animarte..., o incluso tus padres... o... tal vez sea otro chico...— dijo Beatriz.

—¡Vaya misterio!... En todo caso, mi familia no es. De eso estoy segura... Bueno, eso creo... Aunque la verdad es que ya no sé nada... —

—Siento dejarte tan intrigada. Miranda y yo también lo estamos... Bueno, hablando de otra cosa, nosotras vamos a salir con Eduardo y Sebastián, el domingo. Vamos a ir al parque, y luego nos tomaremos algo. Miranda y yo hemos pensado, que tal vez te gustaría venir con nosotros.

—¿Yo? ¡Oh no! ¡Gracias, pero no!— contestó Casandra.

—¿Por qué no? Tú ya estás saliendo a la calle, y puedes, muy bien, venir con nosotros a tomar un helado...— insistió Beatriz.

—No, yo sólo estorbaría. No puedo caminar a vuestro ritmo y...

—Casandra, no vamos a hacer una carrera. Sólo vamos a pasear. ¡Anda, di que sí! A Miranda y a mí, nos gustaría que vinieras. Y los chicos, seguro que se alegrarán de verte de nuevo.

—No sé. La verdad es que me da un poco de miedo. No sé si podré seguiros...

—Escucha, ¿por qué no le dices a Jacobo que venga contigo? Con él te sentirás más segura, ¿a que sí?

—¿Jacobo?— repitió la joven — Él... a lo mejor no puede... Seguro que el domingo tiene otras cosas que hacer...

—Bueno, ¿por qué no se lo preguntas primero? A lo mejor le apetece. Y así, podríamos salir

los seis... ¡Venga! ¡Piénsatelo!

—Está bien. Pero no te aseguro nada.

—¡Vaaale! Llámame, cuando tengas la respuesta. ¡Ah! Y no te preocupes por tu admirador secreto. Por lo menos, se ve que tiene buenas intenciones...

—Sí, ya. ¡Bueno, adiós!

—¡Ya sabes! ¡Espero tu llamada! ¡Adiós!

Casandra se quedó algo inquieta por las averiguaciones que habían hecho sus amigas. Todo ese tiempo había estado creyendo que Felipe le enviaba las rosas y las otras cosas. Y ahora resultaba que todo habían sido falsas conjeturas. La joven fue directamente a cada uno de los miembros de su familia a preguntarles si era alguno de ellos quien le había hecho todos esos envíos. Todos lo negaron.

La joven estaba realmente intrigada. Por la noche, intentó pensar en quién podía ser. Pero no acababa de imaginar a nadie en particular. Al final, se dijo:

—No sirve de nada que me rompa la cabeza. Tal vez algún día se revele este misterio. Así que ya no voy a pensar más... De todas maneras no llego a ninguna conclusión...

Luego se puso a pensar en la invitación de su amiga y en lo de proponérselo a Jacobo. Tal vez era un egoísmo por su parte, pero la realidad era que le encantaba la idea de poder salir con Jacobo el domingo. Pero claro, él podía tener ya otros compromisos... o simplemente, que no le apeteciera. Venía a hacer un trabajo por ella, de lunes a viernes, así que era lógico que el domingo lo quisiera para él... Pero a ella... ¡le gustaría tanto!.. Y por otro lado... el pedírselo, tal vez resultara un poco atrevido...

Casandra estaba hecha un lío. No sabía qué hacer...

Capítulo 24

Como estaba desvelada, pensó que le vendría bien un poco de leche caliente con miel para conciliar el sueño. Y así hizo. Y efectivamente, parece que le hizo efecto. En cuanto se metió en la cama, sintió que el sueño la dominaba.

De pronto oyó como si alguien la llamara. Era extraño porque no es que escuchara su nombre, pero sentía la llamada. Casandra se incorporó, abrió los ojos... y de nuevo veía. Se levantó, miró hacia su cama, y allí estaba su cuerpo reposando...

Como seguía sintiendo la llamada, salió del dormitorio intrigada. Se dirigió al cuarto de sus padres. Entonces los vio dormidos. Pero también vio algo que le llamó la atención. De los cuerpos de sus padres, salía un cordón semitransparente y plateado, muy parecido al suyo. La joven se quedó asombrada. Creía que eso sólo le pasaba a ella. Pensó: "¡Que tonta! ¿Por qué me iba a pasar sólo a mí?" Decidió seguir aquellos cordones. El de su madre llegaba hasta la cocina. Casandra entró en ella y vio a Nuria. Ésta estaba haciendo gestos con las manos, como si hiciera mímica. Parecía como si fregara los platos. Pero ni había platos, ni agua, ni nada. Parecía estar imaginando todo. Casandra le preguntó:

—¡Mamá! ¿Qué haces?

Pero su madre no contestó nada. Casandra se acercó a ella, y poniéndose a su lado, le volvió a hacer la misma pregunta. Pero Nuria no parecía verla, ni oírla. La joven estaba asombrada. Le pasó las manos por delante de los ojos, para comprobar si veía, pero su madre no se inmutó.

De repente, Nuria hizo como si se secara las manos, con un trapo invisible, y se dirigió al salón. Casandra la siguió asombrada. La madre se puso a hablar sola:

—¡Ah, Ricardo! ¿Ya has llegado? ¿Te pongo ya la comida?

Casandra empezó a mirar por toda la habitación, pero Ricardo no estaba allí. Después de una pausa, su madre se dirigió de nuevo a la cocina. Esta vez, la joven no la siguió. Casandra se dijo:

—Parece como si estuviera soñando con lo mismo que suele hacer durante el día. Pero... ¿por qué?... Y, por otro lado, ¿Por qué no me ve?... No entiendo qué es lo que pasa...

Luego, quiso seguir investigando y se dirigió a la calle. Había alguna gente. Todos ellos tenían un cordón como el suyo que se extendía a lo lejos. Algunos flotaban, otros simplemente andaban. Le llamó la atención una mujer que andaba con los brazos hacia delante, un poco inclinados. De pronto se paró, y se agachó diciendo:

—¡Cómo está mi bebé precioso!

Casandra comprendió. Aquella mujer soñaba que estaba empujando el cochecito de su bebé. Cada persona llevaba su historia, y nadie parecía darse cuenta del que le pasaba al lado. La joven estaba perpleja.

En aquel instante, alguien se le acercó y le dijo:

—¡Hola!—

Casandra se giró y vio a un joven que la miraba sonriente. La muchacha lo miró atentamente. Era muy bien parecido, pero no era eso lo que le llamó la atención. Él le había hablado y la miraba como si realmente la estuviera viendo.

—Hola —contestó ella —Tú... ¿puedes verme?

—Sí. Te veo perfectamente.

—¿De verdad? ¿Acaso eres un ángel?

El joven se rio.

—No —contestó— ¡Claro que no! Soy un ser humano corriente. ¡Vamos, como tú!—

—¡Vaya!— exclamó la joven —¡Pues eres el primero que se da cuenta de que estoy aquí!—

E indicándole a la gente que por allí pasaban, continuó:

—Todas estas personas, no son capaces de verse unas a otras. Y cada uno parece soñar con alguna historia diferente. Parecen sonámbulos, pero ni siquiera van con su cuerpo.

—Sí, ya lo sé — contestó él — En realidad eso es lo que hacen: soñar.

—Pero ¿por qué?

—Bueno, no es tan raro. Incluso tú y yo soñamos de esta manera, normalmente.

—¿Cómo es eso?

—Verás, esta noche tú te has hecho consciente de que salías de tu cuerpo. Pero las demás noches, no. Cuando te despiertas por la mañana, tal vez crees que has estado todo el tiempo en tu cama mientras tu mente fantaseaba. Pero lo cierto es que todas las noches sales de tu cuerpo, o mejor dicho, te desdoblas. Esto que vemos aquí no es sólo el mundo que vemos de día, sino que en realidad estamos en la quinta dimensión. Alguna gente la llama “mundo astral”. Es más sutil que la tercera dimensión o mundo físico, que es el mundo en el que nos movemos habitualmente, con el cuerpo físico. Desde esta dimensión, podemos ver lo que ocurre en el mundo físico, pero no al revés. Por eso, si alguna otra vez te has desdoblado, y has visto gente que estaba despierta, es decir, en la tercera dimensión, te habrás dado cuenta de que ellos no pueden verte a ti.

—O sea, que todo el mundo se desdobla cuando duerme, pero parece que la mayoría no se da cuenta de ello.

—Exactamente. —dijo el joven.

—Pero, ¿por qué?

—Porque tienen la conciencia demasiado dormida en sus preocupaciones, en sus deseos, sus anhelos y sufrimientos... Bueno, a nosotros también nos pasa casi siempre...

Casandra estaba muy impresionada con todo lo que el joven acababa de explicarle.

—Pero dime, —inquirió la joven— ¿por qué nosotros sí somos conscientes ahora de todo esto?

—Porque recibimos ayuda.

—¿Ayuda? ¿Y de quién?

—Pues... ¿no has visto, en este mundo astral, a unos seres muy diferentes de todas las demás personas?

—¿Te refieres a... una dama muy bella, que lleva una lanza en la mano?

—¡Exactamente!— exclamó el joven — O sea que ya la has visto. ¿A él también?

—La primera vez que la vi, había un señor que me hacía sentir una extraña mezcla de ternura, respeto y paz. Llevaba una vara.

El joven asintió.

—¿Tú sabes quiénes son? —inquirió la joven— Hace poco, ella me dijo que era mi Madre Naturaleza particular.

Él asintió y le respondió:

—Según yo he comprendido, la Divinidad no está fuera de nosotros, sino en nuestro interior. Es nuestro Real Ser Profundo, y tiene su aspecto masculino, así como su principio femenino. De la misma manera que todos tenemos un padre y una madre, que nos han traído al mundo físico, también nuestra alma, que es nuestra verdadera realidad, tiene unos padres. Son el Padre Interno, y la Madre Interna. Ellos siempre están con nosotros, pero mientras que en el mundo físico, no somos capaces de verlos, en este mundo sí podemos llegar a verlos si nosotros logramos despertar nuestras conciencias, pues normalmente andamos y vivimos con la conciencia dormida.

—¡Qué extraordinario! Parece como si me estuvieras dando una lección práctica de cómo saber vivir conscientemente. —exclamó ella.

En ese momento, alguien se dirigió hacia la casa de la joven. Ésta reconoció a su padre. Ella había visto ya a su madre y a sus dos hermanos, pero a Leandro no lo había visto desde el día del accidente. La joven se emocionó al verlo, y esto le hizo volver a su cuerpo y despertarse. Casandra abrió los ojos y se dijo:

—¡Que tonta soy! ¡Con lo bien que iba todo...!

Suspiró y recordó todo lo que había visto y oído. Pensó: "Ese joven debe de pensar que soy una maleducada... Aunque mirándolo bien... puede que también le haya ocurrido a él. Me pregunto si lo veré otra vez."

Enseguida volvió a dormirse de nuevo...

Capítulo 25

Al día siguiente, volvió a encontrarse con Jacobo. Mientras caminaban hacia la casa, ella iba algo silenciosa. Los últimos acontecimientos la tenían algo impactada.

—¡Que callada estás hoy! ¿Te preocupa algo?— le preguntó él.

—No. Es que me estaba acordando... de un sueño que tuve anoche...

—¡Ah, bien! Entonces no te molesto, sigue recordando...

Casandra se paró, y luego se echó a reír.

—¡Qué ocurrencias tienes!— exclamó. Y continuó caminando— ¿Sabes?, ayer me dijo mi amiga Beatriz, que ella y Miranda van a ir con unos compañeros de clase, a pasar el día en el parque. Van a comer por allí...

—¡Qué interesante!— contestó él.

—¡Oye, no te burles! Es que no he terminado... El caso es que me han dicho que si quiero ir con ellos...—

—¡Eso me parece mucho más interesante, aún!

—¡Vale ya!

—¡No! ¡Si te lo digo en serio! Creo que te sentará muy bien. Así tomarás un poco el sol, y te encontraras con tus compañeros... Me parece muy buena idea...

—Sin embargo yo... no sé... Tengo un poco de miedo. Y además creo que sólo voy a ser un lastre para ellos. — confesó la joven.

—¡Venga ya! ¡No exageres! Tú no vas a ser ninguna carga. Y ellos son tus amigos, ¿no? No tengas miedo. Estoy seguro de que te lo vas a pasar muy bien.

—No sé... Además, ¿de qué me sirve ir al parque, si ni siquiera lo puedo ver?

— Puedes sentarte en un banco, o incluso andando... y tus amigas te van relatando lo que ven, mientras tú puedes ir imaginándotelo. Así podrás ver muchas cosas a través de los ojos de tus amigas...

—¡Sí, claro!— exclamó ella —¡Entonces sí que van a tener que estar pendientes de mí! Se

supone que ellas quieren estar con los chicos... ¡No! Ya lo tengo claro. No iré. Quizás en otra ocasión. Pero esta vez, no.

—Yo creo que te lo pasarías bien...— insistió él.

—No. Ya está decidido. Les diré que no.

—¿Estás segura?— preguntó Jacobo.

—Sí. Muy segura. —contestó ella.

—Bien. En ese caso... ¿quieres salir conmigo?—

Casandra se paró de nuevo. El corazón empezó a acelerársele.

—¿Contigo?—

—¡Sí, conmigo!—

La joven estaba tan sorprendida que apenas podía contestarle.

—Pero... ¿tú y yo, solos? ¿Sin nadie más?—

Jacobo se rio.

—¡Sí! ¡Tú y yo, solos! ¡Igual que ahora! Ahora estamos solos ¿no? Y no pasa nada. Mira, yo no tengo nada importante que hacer el domingo. Y a ti te vendrá bien salir. Podemos ir a pasear juntos. Si quieres podemos ir al parque, como ellos, pero a nuestro aire. ¿Te apetece?

Casandra pensó: "¡Vaya! Por un momento, pensé que era una declaración romántica. Pero al parecer, solo quiere sacarme a tomar el sol..."

Por un lado estaba algo desilusionada, pero por otro, se dijo que algo era algo...

—Bueno, de acuerdo. — contestó.

— ¡Estupendo! — exclamó él —Ya quedaremos en una hora...

Capítulo 26

Por la tarde Casandra telefoneó a su amiga y le explicó cómo al final quedó con Jacobo en salir el domingo. Beatriz sintió que no les acompañara, pero le propuso a Casandra que se citaran en un lugar preciso del parque a una hora determinada. Así podrían pasar juntos un rato, y Miranda y ella conocerían a Jacobo, del que tanto le habían oído hablar. Casandra aceptó. Como se iban a ver el sábado, pensaron que ya decidirían el lugar y la hora.

Cuando colgó el teléfono, su madre se dirigió a ella.

—¡Vaya! ¡Te veo muy contenta! ¿Qué tramáis Beatriz y tú?

—Nada malo. —contestó Casandra riéndose — Es que el domingo, voy a ir al parque con Jacobo, y como las chicas también van a ir con dos chicos del instituto, nos vamos a encontrar en un punto común.—

Su madre se quedó callada un momento, y luego le preguntó:

—¿Jacobo lo sabe?

—Pues no. Acabamos de pensarlo Beatriz y yo. ¿Por qué?— dijo Casandra.

—Bueno... no sé... Tal vez deberías de haberlo hablado con él antes...—

—No se me ha ocurrido... Pero no creo que le moleste. Yo le he hablado de mis amigas, y él ha mostrado su simpatía por ellas.

—Ya. Pero... creo que deberías comentárselo...—insistió Nuria.

—Sí, claro. — contestó Casandra— Pero ¿qué pasa?, ¿por qué le das tanta importancia?

—No hija. Es sólo que no quiero que seas maleducada. Ese joven se está portando muy bien contigo, y tú debes corresponder a su amabilidad. ¿No te parece?

Casandra sonrió.

—¡Claro que sí, mamá! No te preocupes, mañana mismo se lo digo.

—Está bien. Es mejor así. — respondió su madre.

Capítulo 27

Al día siguiente, Casandra no olvidó comentarle a Jacobo, que había quedado con sus amigas, para reunirse en el parque. Al principio el joven se quedó callado. Ella se dio cuenta de que su silencio debía indicar algo...

—¿Te molesta que haya quedado con ellas? La verdad es que pensé que no te importaría...

—No, no te preocupes. Has hecho bien. Es una buena idea...— contestó él.

—Me parece que sí te has molestado, porque no te noto muy convencido...— replicó la joven.

—No. Es estupendo, ¡de verdad!... Así podré conocer a tus amigas...

—La verdad es que ellas también están deseando conocerte...—

—¿Lo ves?... Es una buena idea. Ya te lo decía yo.

Casandra se quedó más satisfecha. Echaba de menos no poder ver los gestos de los demás. Por el tono de voz, comprendía si estaban alegres o tristes, enfadados o temerosos. Pero a veces se le escapaba el verdadero sentir de los otros. No sabía hasta qué punto podían disimular sus emociones delante de ella... En este caso, pensó que Jacobo se había callado al principio porque ella se había adelantado a quedar con sus amigas antes de hablarlo con él, y esto quizás no le había gustado. Se dijo que tal vez era un poquito quisquilloso, pero tenía tanta buena voluntad, que finalmente lo había aceptado de buen grado.

El resto del camino fueron charlando, pero la joven notó que él andaba un poco distraído, y algo menos hablador de lo habitual. Parecía estar preocupado.

—Jacobo, ¿va todo bien?— le preguntó ella.

—¿Qué?... Sí, claro. Perfectamente.

—¿Seguro?— insistió Casandra.

—Sí. No te preocupes. ¡Anda, cuéntame cómo te ha ido hoy!—

La joven empezó a relatarle todos sus avances en la escuela. Pero seguía estando algo inquieta por él. Sin embargo ya no volvió a insistir.

Llegaron a su casa y Jacobo iba a despedirse, cuando la puerta se abrió. Era la madre de Casandra.

—¿Ya estáis aquí?— dijo ella.

—¡Hola, mamá! Mira, éste es Jacobo. Jacobo, ésta es mi madre.

—¡Hola Jacobo!— saludó la madre.

—¡Hola! ¿Cómo está usted?— respondió el joven.

—Muy bien, gracias. Mi hija me ha contado lo amable que estás siendo con ella.

—Me parece que ha debido de exagerar...— contestó él.

—Estoy segura de que no. ¡No sabes lo crítica que llega a ser Casandra!

—¡Mamá!— protestó la muchacha.

El joven se echó a reír.

—Sí. Ya me he dado cuenta de que tiene su carácter...

—¡Oh, vale ya!— exclamó la joven.

Su madre y Jacobo siguieron riéndose.

—¡Bueno! Yo ya me voy— dijo él.

—Te acompaño—contestó Nuria— Voy a casa de una vecina a pedirle una cosa.

Se fueron los dos, y Casandra entró en la casa.

Capítulo 28

Después de comer Casandra se echó una pequeña siesta. Cuando se despertó, se levantó y se dirigió al salón. Desde afuera de la habitación, escuchó la voz de su madre que decía:

—Entonces, ¿cuento con vosotras?

Y luego oyó a Miranda:

—Claro que sí. No se preocupe.

Y a Beatriz:

—Yo no estoy muy convencida, pero como es usted la que me lo pide... cuente también conmigo.

Casandra se quedó fuera de la habitación preguntándose qué sería lo que estaban tramando su madre y sus amigas... De pronto se acordó que la semana siguiente era su cumpleaños. ¡Claro! Seguramente que su madre las había llamado para organizarle una fiestecita... En ese caso, convenía disimular...

Hizo un par de toses forzadas, para hacerse oír por ellas, y entró en el salón.

—Casandra, ¿ya te has levantado?— dijo su madre — Miranda y Beatriz han venido a verte.

—¡Anda! ¿Qué hacéis aquí? ¡Si hoy no es sábado!— preguntó ella traviesamente.

—Hemos venido para concretar dónde y a qué hora nos vamos a ver el domingo. —respondió Miranda.

—¡Qué tontería! ¡Podíamos haber quedado el sábado...!— exclamó Casandra.

En el fondo estaba jugando a ponerlas en un aprieto.

—¡Vaya, Casandra!— contestó Miranda —parece que no te alegrara que vengamos. Antes nos veíamos todos los días. Ahora parece que te molestara. ¡Claro! ¡Como ahora tienes a tu amigo Jacobo...!

—¡Miranda!— intentó corregirla Beatriz —¡No seas bruta!

Casandra empezó a reírse. Sabía que Miranda intentaba darle la vuelta a la conversación, para no tener que confesar la verdad. Pero quiso seguir divirtiéndose:

—Miranda, ¿estás celosa?

—¿Tengo que estarlo? No quieres venir al parque con nosotras y sólo quieres estar con "tu Jacobo"...

Casandra empezó a pensar que tal vez sí había una cierta dosis de celos en su amiga. Así que decidió dejar la broma. Se puso más seria, pero con cierta dulzura, se acercó hasta su amiga y cogiéndole una mano, llamó a Beatriz y le cogió otra mano, y luego les dijo:

—Vosotras sois mis mejores amigas. Eso nunca nadie podrá negarlo, y siempre os querré. Pase lo que pase.

Miranda la abrazó corriendo y luego también se abrazó a ellas Beatriz. Luego ésta dijo:

—Casandra, pase lo que pase, recuerda que nosotros también te queremos.

—Ya lo sé— contestó ella— Lo sé de sobra.

Después de esta emocionante escena, las tres amigas se sentaron y estuvieron conversando un rato. Casandra, por supuesto, no les dijo que sabía lo de la fiesta que proyectaban hacerle...

Capítulo 29

Al día siguiente, la joven encontró a Jacobo más animado, y eso la alegró. Antes de despedirse se citaron para el domingo. El sábado la visitaron de nuevo Miranda y Beatriz, y ya fijaron definitivamente la hora y el lugar en el que se encontrarían. Se verían en la heladería que había en el centro del parque, a las 12,30 del mediodía.

Por fin llegó el domingo. Jacobo fue a recoger a la joven a su casa. El padre y los hermanos de Casandra estaban fuera. Fue la madre quien abrió la puerta, pero a su lado se encontraba su hija.

—¡Buenos días!— dijo Jacobo a las dos.

—¡Buenos días!— saludó la madre.

—¡Hola Jacobo!— añadió alegremente la joven —¿Nos vamos?

—¡Claro!— respondió él — Anda, dame la mano y agárrate a mí —y dirigiéndose a Nuria — Bueno, entonces, hasta la tarde. No se preocupe, cuidaré bien de ella.

—No tengo la menor duda.— contestó la madre — Casandra, cariño, ¡pásatelo bien!

—Sí mamá. Gracias.

Los dos jóvenes empezaron a marchar hacia el parque. Estaba a una distancia parecida a la escuela, pero en otra dirección, así que fueron andando.

—Casandra, no te he dicho lo bonita que estás— dijo él.

Ella se sintió contenta.

—¡Gracias! Aunque no creo que sea para tanto...— contestó modestamente.

—Sí lo es.— afirmó él —Estás preciosa.

Casandra se sonrió tímidamente.

—Cuéntame, cómo te fue ayer.— continuó el joven.

Y así hizo ella. Al cabo de un rato, llegaron al parque. Éste era un bonito lugar que todo el mundo apreciaba tener en la ciudad. En el centro había un lago, en el que había varias especies de peces, y en el que también se veían patos y cisnes nadando. En la orilla, se situaba una caseta en la que se podía alquilar una pequeña barca para poder remar a lo largo del lago. Éste estaba rodeado de jardines, con bellas flores y árboles, y un poco más lejos, se encontraba una especie de bosquecillo, que era cruzado por un pequeño riachuelo que llegaba hasta el lago. A lo largo del recorrido del riachuelo, había varios puentecillos que le daban un cierto toque romántico al lugar. También había una especie de jardín zoológico, en un lado del parque, en el que uno podía ver: elefantes, jirafas, leones, osos, monos, lobos, cocodrilos… y en el que disfrutaban particularmente los niños.

A Casandra, le gustaba esta zona cuando era más pequeña, pero en algún momento de su vida, pensó que aquellos animales estaban tan prisioneros como los pájaros que atrapaba su vecino. Así se lo dijo a Jacobo, y este le contestó entre risas:

—¡Bueno, al menos, no se te ha ocurrido venir a liberarlos! ¡En todo caso, si algún día te decides a dejar suelto al león o al oso, avísame antes, para que no salga de mi casa!

—¡Ja, Ja!— exclamó la joven —Te gusta burlarte de mí, ¿eh?

—¡No, claro que no! Te lo digo en serio...—contestó él riéndose.

Pasearon un rato, y luego se sentaron en un banco. Jacobo había escogido un lugar muy tranquilo, en el que no había mucha gente, así que podían escuchar perfectamente el sonido del agua y el de los pájaros.

—¡Qué paz!— exclamó Casandra respirando profundamente.

—Sí.— contestó él.

Y los dos se quedaron en silencio un rato, escuchando los sonidos de aquel pequeño bosque.

Capítulo 30

Casandra estuvo tentada a contarle a su amigo, acerca de las extraordinarias experiencias que había tenido. Pero ella no acababa de comprenderlas del todo, así que tuvo miedo a no saber explicárselas, y a que él se burlara. Pensó que tal vez en otra ocasión... cuando ella misma tuviera claras las cosas...

Al cabo de unos minutos, Jacobo le preguntó a qué hora había quedado con sus amigas.

—A las 12 y media. —contestó Casandra.

—¡Vaya! Pues son ya las doce y media. ¡Qué cabeza! ¡Tenía que haberte preguntado antes!

—Bueno, no pasa nada — le tranquilizó la joven — seguramente pensaran que soy lenta andando... y nos disculparán si llegamos más tarde.

—Puede ser...— dijo el joven algo distraído.

Casandra lo notó.

—¿Pasa algo?— preguntó.

—No, nada. ¿Vamos?

—Sí.

Mientras caminaban hacia la heladería, la joven le contó a su amigo algunas anécdotas que había pasado con sus amigas. El joven la escuchaba silencioso...

Por fin llegaron al lugar citado. Miranda les gritó a lo lejos:

—¡Estamos aquí!

Jacobo llevó a Casandra hasta la mesa en la que estaban sentadas sus amigas y sus dos acompañantes. Casandra pudo escuchar cómo se levantaban, por el ruido que hacían al arrastrar las sillas.

—¡Bienvenida!— le dijo Miranda.

—Sí. Estamos muy contentas de verte aquí, de nuevo— añadió Beatriz.

—Gracias, chicas.— contestó Casandra.

—Hola Casandra. — era la voz de Sebastián.—También me alegro de verte.

—Y yo. — dijo Eduardo —Ya veo que tienes muy buen aspecto. Miranda y Beatriz nos han estado contando cómo te iba...

—Gracias. Yo también sé de vosotros por ellas. Y parece ser, que os va muy bien, sobre todo a ti, Eduardo.

—No nos podemos quejar.—respondió el aludido.

—Bueno, quiero presentaros a Jacobo.— dijo Casandra.

—¡Hola Jacobo! Yo soy Miranda.

—¡Hola!— contestó el joven.

—Yo soy Eduardo.

—Y yo, Sebastián.

—¿Qué tal?— saludó Jacobo.

Hubo un pequeño silencio.

—¡Beatriz! — dijo Casandra — Tú no te has presentado.

—Sí, bueno... yo soy Beatriz.

—¡Hola Beatriz! Casandra me ha hablado mucho de ti. —dijo Jacobo — Y también de ti, Miranda. Tengo entendido que sois sus mejores amigas.

—Así es.—contestó Beatriz, algo seca— Somos como hermanas, y si algo le ocurre a una de nosotras, las demás también lo sienten...

—Ya me lo imagino. Me alegro de que Casandra tenga unas amigas como vosotras.— respondió Jacobo.

Hubo otro pequeño silencio. Casandra se preguntó qué era lo que ocurría. Por qué estaba siendo tan fría Beatriz con Jacobo.

—¿Qué pasa?— inquirió —¿Me estoy perdiendo algo?

—¡No, nada! —contestó Miranda — Es que hoy Beatriz se ha levantado con el pie izquierdo...—

—No me hagáis caso, —dijo Beatriz — es que tengo la cabeza en otro sitio.

—Pues, ¡baja de la luna y disfruta de este momento!— le regañó Miranda — Estamos otra vez aquí las tres, ¿No es maravilloso? Y todo gracias a Jacobo, que nos ha traído a la cabezota de nuestra amiga.

—¡Oye!— exclamó Casandra —¿Qué es eso de cabezota?

—Sí.—dijo Beatriz, pensativa— Tienes razón, Miranda.— y luego añadió— ¡Venga! ¡Vamos a tomarnos un helado!—

Cada uno pidió lo que quiso, y pasaron un buen rato. Luego siguieron paseando todos juntos, y más tarde pidieron unos bocadillos en el restaurante del parque, y comieron sentados sobre la hierba. Casandra disfrutó enormemente del día. Cuando regresó a casa estaba agotada, pero feliz.

—Ya hemos llegado. —dijo Jacobo.

Casandra suspiró.

—Me lo he pasado muy bien. —contestó.

—Yo también. — respondió el joven.

—¿Qué te han parecido mis amigas?— preguntó ella.

—Creo que llevabas razón. Son inmejorables. —dijo él.

—Al principio Beatriz estaba un poco seria. No sé qué es lo que le pasaría... Pero luego, ya te habrás dado cuenta de que es muy simpática.

—Sí. Me ha parecido una excelente muchacha.— contestó el joven.—Bueno, te voy a dejar ya. Nos veremos mañana.—

—Claro. ¡Hasta mañana, pues!— le dijo Casandra.

Capítulo 31

Casandra se acostó un poco antes de lo habitual, porque se encontraba bastante cansada. Sin embargo, no se durmió inmediatamente. Le venían recuerdos de todo lo acontecido durante el día. Es cierto que le había gustado encontrarse con sus amigas, y sus antiguos compañeros… Pero lo que de verdad le había hecho sentirse dichosa, era el haber pasado tantas horas al lado de él. Al lado de Jacobo. Hubo momentos, cuando estaban solos, en los que pensó que él le hablaría de amor. Pero no hubo nada de eso. Él era muy amable con ella, y comprensivo. La trataba muy bien... pero no parecía sentir algo más profundo por ella... En cierto modo era lógico: ¿Quién se enamoraría de una ciega?... Casandra sintió un nudo en la garganta. Estaba destinada a la frustración en todo... Se dio media vuelta y las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas, mientras notaba que el nudo en la garganta, se iba haciendo más doloroso... ¡Qué triste era querer a alguien, y no ser correspondida!... Y todo, porque estaba ciega... cosa que, una vez más, le llevaba a la conclusión de que el conductor de aquel coche maldito, le había echado a perder toda su vida... Lloró durante un rato en voz baja, para que no le oyeran sus hermanos o sus padres. Cuando se sintió más desahogada, volvió a tumbarse boca arriba, dispuesta a dormirse.

Sin embargo, el disgusto le había dado sed. Así que se levantó para ir a beber agua. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que se había desdoblado de nuevo, porque veía perfectamente. No obstante, miró a su cama para cerciorarse. Y, efectivamente, allí estaba su cuerpo. Al parecer, se había vuelto a quedar dormida sin darse cuenta.

Salió de su cuarto, y se dirigió hacia la calle. Pudo ver un espectáculo parecido al del otro día. Las gentes parecían caminar como sonámbulas por la calle. Se dijo:

—Voy a ir al parque.

Y así hizo. Se fue volando hacia allá. La cancela estaba cerrada, pero dentro había alguna gente. Por supuesto, eran personas, que como las que había encontrado por todas las calles, tenían su cuerpo dormido en la cama. Lo que ella veía eran las proyecciones astrales de todos aquellos hombres, mujeres y niños...

Empezó a sobrevolar por encima del lago, y se dirigió a la heladería. Una vez allí, pensó: “Aquí hemos pasado toda la tarde...” Luego, dio una vuelta por el bosque.

—¡Bah! —se dijo, algo disgustada —La verdad es que me da igual todo esto. Me voy a casa. ¿De qué me sirve ver ahora, si luego cuando estoy despierta ya no veo nada? Lo único que hago es aumentar mi sufrimiento...

Y se fue a su casa.

Mas, cuando iba a entrar, se le acercó alguien por detrás.

Capítulo 32

—¡Hola, de nuevo!—

Casandra se volvió. Era el joven de la otra vez.

—¡Hola!— contestó ella.

—¿Qué haces?— inquirió él.

—¡Sí que eres curioso! —respondió ella — Vuelvo a mi casa, ¿no lo ves?

—¿Por qué?— siguió preguntando el joven.

—¡Vaya! ¡Lo quieres saber todo! Pues vuelvo porque quiero despertarme. No quiero seguir aquí.

El joven puso cara de sorprendido.

—¿Cómo puedes decir eso?— dijo.

—Oye, esto es inútil. ¿Para qué me sirve estar aquí?... Yo te lo diré: ¡para nada! ¿Crees que es divertido ver a todo el mundo caminando como si estuviera loco? Aparte de eso, no hay nada más que ver aquí. —dijo Casandra enfadada. Y luego se dio la vuelta para entrar en su casa.

—Me parece que estás completamente equivocada. —le respondió él.

Casandra volvió a mirarle.

—¿Ah, sí?— dijo algo irónicamente.

—Por lo que se ve, te has dormido algo irritada, disgustada por alguna razón. Por eso sigues estándolo ahora.

Casandra no dijo nada, pero su semblante cambió un poco.

—Quizás no te hayas dado cuenta,— le dijo el joven —pero aquí se pueden investigar infinitas cosas, que sería imposible ver en el mundo físico.

La joven siguió callada, y él continuó diciéndole.

—¿No te das cuenta de que esta oportunidad que tienes, muy pocas personas pueden disfrutarla? Si tu Padre Interno te la ha dado, es seguramente, porque tienes algo que aprender. Y es tu deber cumplir con Él.

—Pero, yo... no sé...—titubeó Casandra— No sé qué tengo que hacer...

—Investiga y pide más ayuda, para que te muestren qué es eso, que tienes que aprender.— contestó él.

Casandra no dijo nada, pero recordó que aquella hermosa dama, que parecía ser su Madre Interna, le había dicho que tenía que aprender a perdonar...

—Oye,— continuó el joven —si no tienes nada mejor que hacer, ¿quieres venir conmigo?—

—Bueno. —dijo Casandra — ¿Dónde vas?—

—¡Vamos! Te lo contaré por el camino.— y mientras andaban, continuó— Verás, es que tengo un amigo, que su abuela se murió ayer. Ahora la están velando.

Casandra se paró. El joven siguió avanzando un poco, y al darse cuenta de que ella no seguía con él, se paró también y se volvió:

—¿Qué haces?

—Yo no voy. —dijo Casandra.

—¿Por qué?— inquirió él.

—A mí me dan mucho miedo los muertos.— confesó ella.

—No te preocupes. A partir de hoy, se te va a quitar el miedo. ¡Confía en mí!— contestó él.

Casandra dudó un poco.

—Bueno. Yo tampoco te quiero obligar.— dijo el joven.

—Está bien— respondió la joven — Iré contigo.

Capítulo 33

Los dos continuaron volando hasta llegar a un tanatorio. Había algunos hombres afuera. No eran proyecciones astrales. Estaban de verdad ahí, con su cuerpo físico. El joven miró a Casandra y como la vio algo nerviosa la cogió de la mano. Entraron los dos, yendo él delante, hacia la habitación en la que había varias mujeres. Había tres de mediana edad y otra mucho más vieja. Las más jóvenes estaban sentadas en silencio, con la mirada perdida. En su cara se notaba que habían llorado. Sin embargo, la anciana estaba de pie, yendo de un lado para otro. Casandra observó que la anciana sí era una proyección astral, mientras que las otras mujeres, no.

Entonces el joven se acercó a la mujer vieja.

—¡Abuela! ¿Me ve usted?

Pero la mujer no parecía verle. Él, entonces, se dirigió a Casandra.

—¿Te has dado cuenta de quién es?

—No— contestó ella — No la conozco.

El joven sonrió y le dijo:

—Ven y verás.

La llevó de la mano hasta la pieza en la que se encontraba el ataúd.

—No tengas miedo. Mira.— le dijo él.

Casandra miró la caja. Dentro de él estaba el cuerpo físico de la anciana que acababan de ver. De él salía el cordón que le unía a ella.

De repente apareció una figura que horrorizó a Casandra. El joven agarró a la muchacha rápidamente, de forma que aunque ella notó un tirón que le atraía hacia su cuerpo físico que dormía en su casa, él pudo retenerla. Sin embargo ella seguía aterrorizada, sin poder siquiera emitir una palabra. Él la apartó un poco, pero sin salir de la habitación.

La figura que tanta impresión había causado a Casandra era un esqueleto con una capa. En una mano llevaba una guadaña, y en la otra, un reloj de arena. Aquel ser se quedó mirando el cuerpo de la anciana, pero no hizo nada. Entonces apareció también una bellísima mujer. Era tan hermosa como la Madre Interna de Casandra. El espectro miró a la bella mujer, que no era otra que la Madre Divina de la anciana y ella asintió con la cabeza. El horrible ser miró el cuerpo de la anciana de nuevo, tomó impulso, y con la guadaña cortó el cordón. La mujer celestial se dirigió hacia la proyección astral de la anciana, la rodeó con sus brazos y se la llevó consigo.

Mientras, el espectro, de forma completamente inaudita, se transformó en milésimas de segundo en un joven de extraordinaria belleza que irradiaba una cierta luz. Miró sonriente a la pareja espectadora, y desapareció.

Jamás había estado Casandra tan asombrada, como en aquel momento. Sintió de nuevo un tirón, pero se agarró a su compañero.

—Me parece que tu cuerpo te reclama— le dijo él.

—No quiero volver todavía.—contestó ella — Creo que he entendido lo que ha pasado aquí. Pero me gustaría que me explicaras más cosas.

Sin embargo, seguía sintiendo el tirón cada vez más fuerte.

—Escucha,— le dijo él — la próxima vez que te desdobles, quizás yo también lo haya hecho. En todo caso, llámame.

—Llámame tú. Yo no sé hacerlo, y además no sabría dónde buscarte...

—Basta con que pienses intensamente en mí. Yo haré lo mismo...

La joven no pudo aguantar más, y volvió a su cuerpo físico. Inmediatamente se despertó. Tenía una sed terrible.

Casandra se sentó en su cama, y se puso a recordar lo que acababa de vivir. Todo parecía indicar que había visto lo que ocurría después de morir una persona. Aquella figura debía ser la muerte. Pero era muy extraño que luego se transformara en un ser tan angelical...

La joven se levantó por fin, fue a la cocina y se bebió un vaso de agua. Luego se acostó otra vez, y se quedó dormida enseguida.

Capítulo 34

Los días siguientes, fueron muy normales. Casandra fue a la escuela, luego Jacobo la acompañaba, y por las tarde las dedicaba a repasar lo que había aprendido por la mañana en las clases.

Llegó el jueves. El día de su cumpleaños. Sus padres y sus hermanos, la felicitaron por la mañana, y le hicieron algunos regalos. Casandra pensó que era un poco raro que no le dieran los presentes durante la fiesta, pero no dijo nada. En la escuela todo fue normal. Y Jacobo la acompañó

como siempre. Al mediodía, tomaron tarta, y después Casandra se echó una pequeña siesta. Cuando se levantó, pensó que pronto estarían allí sus amigas. Y confiaba en que habrían invitado a Jacobo...

Mientras esperaba, se puso a repasar los avances que había hecho en la escuela. Pero pasó una hora, y nadie llegaba. Pasaron dos, y tres... y finalmente, llegó la hora de la cena, Y por allí no había aparecido nadie. Casandra estaba bastante defraudada. ¿Qué habría pasado? ¿Por qué no había venido nadie?

Decidió preguntar discretamente a su madre.

—¡Qué raro que Miranda y Beatriz, no hayan venido!

—Seguramente tienen mucho que estudiar. Ya sabes que están de exámenes finales.

En ese momento, llamaron por teléfono. Era Beatriz, que quería felicitar a su amiga, por su cumpleaños. Le dijo que le tenía un regalo, y que se lo daría el sábado.

Casandra no se sintió muy conforme con la llamada. Ella esperaba una fiesta, y sólo recibía una simple llamada telefónica...

Después de cenar también la llamó Miranda para lo mismo.

Casandra se sintió algo triste. Y su madre notó que estaba decaída y silenciosa.

—¿Qué te pasa, Casandra? ¿Te encuentras bien?

—Sí —contestó ella — Es sólo que estoy un poco cansada. Me voy a acostar ya.

Nuria se quedó conforme con la explicación de su hija, así que no insistió más.

Acostada, Casandra empezó a pensar. Ella estaba tan segura de que le harían la fiesta... Pero entonces, si aquel día que sorprendió a su madre y sus amigas hablando, no estaban tratando el tema de una fiesta... ¿de qué hablaban entonces?...

Desde que se había quedado ciega, no había otra cosa que misterios a su alrededor. ¿Qué sería lo que estaban tramando aquel día su madre y sus amigas?... No se atrevía a preguntárselo a su madre. Tal vez querían hacer la fiesta el sábado... Pero ya no quería ilusionarse más... Llevaba ya demasiadas frustraciones encima...

Capítulo 35

Al día siguiente, cuando Casandra volvía con Jacobo, éste observó que la joven estaba bastante decaída.

—¿Cómo te ha ido hoy?— le preguntó.

Ella se encogió de hombros y le contestó:

—Como siempre.

—¡Vaya! ¡Qué entusiasmo!— contestó él.

—Mira, — dijo la muchacha— hoy no tengo ganas de hablar.

—Ya —respondió Jacobo — ¿Y no me quieres contar qué te pasa?

—¿Para qué?... ¿Qué te puede importar a ti, lo que me pase?— replicó ella con desgana.

El joven guardó silencio unos segundos, y después le dijo:

—Sí me importa. Me importa que seas feliz. Y si yo puedo ayudarte, ten por seguro que lo haré.

Ella esgrimió una sonrisa amarga.

—Ya. Por favor, no exageres. Yo sólo soy una pobre ciega a la que ayudas como voluntario. Igual podía ser yo, que otra persona. Pero ni yo formo parte de tu vida, ni tú...

No quiso seguir hablando, porque sabía que se estaba dejando llevar por un sentimiento negativo que le hacía decir cosas que no eran totalmente reales.

—¿Eso piensas?— le dijo el joven.

Ella no contestó.

—Casandra, tú sí formas parte de mi vida. Desde que te conocí, todo ha cambiado para mí. Me gusta estar contigo y creo que hay una buena amistad entre nosotros.

Ella se quedó pensando: “Estaba claro que él no la quería, pero, sin embargo, era cierto que

se había convertido en un muy buen amigo. Él no tenía la culpa de la frustración que se llevó el día anterior. Seguro que ni siquiera sabía que era su cumpleaños. No podía pagar sus amarguras con los demás de aquella forma". Por fin sonrió y dijo:

—Perdona. Creo que me he pasado un poco. Lo siento. He vuelto a pagarla contigo.

—No importa. — contestó él — ¿Crees que te serviría contarme lo que te pasa?

Casandra lo pensó un momento, y al final se decidió:

—Verás. Ayer fue mi cumpleaños.

—¡Hey! ¿Por qué no me dijiste nada?— exclamó él.

—Porque soy tonta. Déjame explicarte. Un día de la semana pasada, cuando me levanté de la siesta, me dirigí al salón. Al acercarme a la puerta, oí que mi madre estaba hablando con Beatriz y con Miranda. Se estaban poniendo de acuerdo en algo. De hecho mi madre les preguntaba si podía contar con ellas. Miranda dijo que sí en seguida, mientras que Beatriz no parecía estar muy convencida. Pero al final dijo que también. —hizo una pausa— Yo no pude escuchar de qué hablaban, pero se me ocurrió que, tal vez, estaban planeando hacer una fiesta para mi cumpleaños. Por supuesto, durante estos días yo no he comentado nada. Pero la verdad es que la esperaba ansiosa. Incluso pensé que te lo habrían dicho a ti. Y por eso no te dije nada. Para no romper la sorpresa... Pero la sorpresa me la he llevado yo, porque no hubo ni fiesta, ni vinieron mis amigas, ni nada... Sólo lo celebré con mi familia. Y las chicas, sólo me llamaron por teléfono. La verdad es que me sentí defraudada...

—Ya veo— contestó muy serio Jacobo — Al parecer, tu frustración es debida a que tú esperabas algo y ese algo no ha ocurrido. Eso pasa muchas veces. Esperamos algo de los demás, y cuando éstos no corresponden a ello, nos molestamos, o nos sentimos frustrados. Les echamos la culpa a ellos, cuando en realidad, son inocentes. Seguro que si no hubieras esperado nada, todo habría sido diferente. Tú habrías estado feliz celebrando tu día con tu familia.

—Sí, tienes razón, pero hasta cierto punto. Es que yo las oí hablar.

—Pues parece que no hablaban de lo que tú pensabas que hablaban.

Ella asintió con la cabeza, y luego dijo:

—Eso también me tiene un poco mosca... Me pregunto de qué estarían hablando entonces... Creo que se traen algún misterio... algún secreto, que no quieren que yo sepa... No sé qué podrá ser...

El joven se mantuvo en silencio. De pronto, a Casandra le vino una idea a la cabeza, que la asustó.

—¡Oh, Jacobo!, ¿crees que tenga algo que ver con mi ceguera? Tal vez saben algo más que no me quieren decir...

—Tranquila, Casandra. No creo que sea nada de eso — contestó él.

—¡Oh Dios mío! ¡Que no sea eso! ¡Que no sea nada malo!

—No te preocupes, estoy seguro de que no es nada de eso. —repitió el joven — Bueno, ya hemos llegado.

—¿Ya? Cada día se me hace más corto el trayecto. —comentó la joven, aún preocupada.

Luego buscó en su bolsillo, y sacó una llave.

—¿Me abres la puerta, por favor? Hoy no está mi madre. Me dijo que llegaría un poco más tarde.

—Claro. — contestó él.

Le cogió la llave, y abrió. Luego se la devolvió a su dueña.

—En fin... Hasta mañana. — se despidió él.

—Hasta mañana. — contestó ella.

Luego Casandra entró en la casa, y cerró la puerta.

Capítulo 36

La joven se dirigió hacia el salón, y puso sus cosas encima de la mesa. Después fue a la

cocina y se sirvió un vaso de agua. En ese momento, llamaron a la puerta. Ella se dijo:

—¡Vaya!... ¿Qué hago?... ¿Abro?... A lo mejor es mamá o Ricardo, que han olvidado la llave. Bueno, voy a ver quién es.

Se dirigió hasta la entrada y preguntó, sin abrir:

—¿Quién es?

—Soy yo. Jacobo.

La joven abrió lo más rápido que pudo.

—¿Se te ha olvidado algo?— preguntó ella.

—Casandra... Yo... quiero hablar contigo.— contestó él.

Ella se quedó un poco extrañada, pero le dijo que pasara.

Jacobo entró, y cerró la puerta.

Luego la muchacha le oyó que tomaba aire profundamente.

—Escucha, —empezó él a decir— tengo algo que decirte. Hace tiempo que... bueno… verás...— respiro, de nuevo— Casandra, hay algo que tú tienes que saber... Verás, yo... Escucha, primeramente, tengo que decirte que… estoy enamorado de ti.

La joven se quedó estupefacta. Él continuó hablando:

—Tú me decías antes que si me importabas... Pues bien, te diré que te quiero más que a mi propia vida. Que daría todo para que fueses feliz. Me cambiaría ahora mismo por ti, para que pudieras ver... Tú eres la dulce princesa de mis sueños, que he esperado toda mi vida. Eres la más preciosa ante mis ojos. Eres la única a la que he amado, la única a la que amo, y la única a la que amaré. Te quiero, Casandra.

A medida que la joven iba escuchando las palabras de él, iba sintiéndose emocionada y a la vez feliz.

—Bueno, ¿qué me dices?— preguntó él.

Casandra suspiró y le contestó:

—Pues que yo también te quiero, y que éste es el momento más feliz de mi vida.

Él se quedó unos momentos callado, mientras cogía las dos manos de la joven.

—Sin embargo,— dijo él, con acento triste — hay algo que tal vez se interponga entre tú y yo.—

La joven reflexionó un poco y luego dijo:

—¿Te refieres a mi ceguera?—

—No exactamente a tu ceguera, sino a la causa de ella...— respondió él.

Entonces ella sintió cómo Jacobo ponía sus manos a cada lado de su cabeza, y con los pulgares cerraba sus ojos. Luego sintió que él acercaba su cabeza a la de ella y besaba delicadamente uno de sus párpados, después el otro, y finalmente sus labios.

Capítulo 37

De repente, se oyó a alguien que abría la puerta de la calle. Ellos estaban en la entrada, así que el que fuera, los vio separarse, rápidamente. Era el padre de Casandra. Éste debió de quedarse unos segundos mirándolos porque tardó un poco en hablar. Y cuando lo hizo, fue en un tono bastante agresivo:

—¿Qué significa esto? ¿Qué hace usted aquí? ¿Y qué está haciendo con mi hija?—

—Por favor, tranquilícese. Déjeme explicarle— dijo Jacobo nervioso.

—¡Estoy esperando!— gritó el padre.

Casandra intervino:

—Papá, éste es Jacobo.

Leandro había oído hablar del joven, a su hija y a su esposa, pero no lo había visto hasta ese momento.

—¡Así que eras tú!— exclamó— ¿Y se puede saber qué es lo que te proponías?

—¡Papá, cálmate!— le interrumpió su hija — Jacobo y yo nos queremos.

—¿Qué?— gritó su padre— ¿Cómo puedes querer a...? Pero, hija mía, ¿tú sabes quién es este individuo?

—Por favor, le suplico que me escuche— dijo Jacobo.

—Al parecer, te ha tenido engañada...—continuó el padre.

—Por favor...— insistió el joven.

—No entiendo, ¿a qué te refieres? —dijo ella, algo intrigada.

—Casandra, hija —contestó su padre — éste es el tipo que te atropelló.

Ella no podía creerlo. Pensó que su padre se había equivocado.

—No, no es cierto.— dijo — ¿verdad que no, Jacobo?

Hubo un silencio de unos segundos, que asustaron a Casandra. Por fin, el joven lo admitió:

—Sí, Casandra. Fui yo.

La muchacha sintió como si de pronto se le cayera todo el mundo encima.

—¡Vete de esta casa ahora mismo!— le gritó el padre al joven.

—Casandra, por favor, escúchame. Iba a decírtelo. De hecho, me he vuelto para explicártelo. —suplicó el joven.

—¡Fuera de mi casa!—repitió el padre.

Entonces, se oyó de nuevo la puerta. La madre de Casandra llegaba en ese momento.

—¡Oh, Dios mío!— exclamó.

—Nuria, ¿tú sabías que este individuo estaba viendo a nuestra hija?— le preguntó su esposo.

—Sí.— contestó ella.

—No es su culpa.— dijo Jacobo. —Yo le rogué que me ayudara. Casandra, yo quería acercarme a ti, que vieras que...—

—¡Te has estado burlando de mí!— estalló, finalmente, la joven — ¡Sabías que no quería saber nada de ti, y te has hecho pasar por alguien que no eres!

—¡Casandra, yo te quiero! ¡Daría mis ojos para que pudieras ver...!— le contestó él con la voz rota.

—¡Eres un mentiroso! —gritó ella— ¡Vete! ¡No quiero saber nunca nada más de ti!

—¡Casandra!— exclamó él, con tono suplicante.

—¡Vete!— repitió ella.

—¡Fuera de esta casa!— añadió el padre.

—Está bien— contestó el joven, abatido — Pero quiero que sepas, Casandra, que te quiero, y que nunca dejaré de quererte...

Casandra no contestó nada, y oyó cómo Jacobo dirigía sus pasos hacia la puerta de la calle, y se marchaba. Luego alguien cerró la puerta. Entonces, la muchacha se echó a llorar desconsoladamente.

Capítulo 38

—¡Hija!— le dijo su madre mientras la abrazaba.

Casandra hizo un gesto para rechazarla, y entre sollozos, le gritó a su madre:

—¡Tú lo sabías! ¡Tú también me has estado engañando! ¿Cómo has podido hacerme esto?

—¡Perdóname! — le dijo su madre —Nunca fue nuestra intención perjudicarte. Yo lo vi tan afectado... y él me suplicó que le ayudara...—

—¡Y por lo visto, él era más importante que tu propia hija!— interrumpió su esposo.

—¡No!— exclamó Nuria— Pensé que los dos podrían ayudarse mutuamente. Y así ha sido. Casandra, antes de saberlo, siempre me has hablado bien de él, estabas entusiasmada con él...

—¡Porque yo no sabía quién era!— contestó ella— ¡No sabía que la persona que más odiaba en el mundo y él eran la misma persona!... No tenías derecho a hacer esto... ¡Cómo me habéis mentido los dos!

Y siguió llorando.

—¡A ti y a mí!— exclamó su padre — ¿Cómo has podido, Nuria?

—Os estáis dejando llevar por el odio, y ese muchacho no lo merece...— dijo su esposa.

—¿Y encima sigues defendiéndolo?— gritó el padre.

Casandra se quería morir. De nuevo volvía a crear problemas aquel conductor que había resultado ser la persona de la que se había enamorado. Sin embargo había alimentado durante mucho tiempo el rencor hacia el que ella pensaba que era el causante de su ceguera. Y no sólo de su ceguera. La discusión que ahora tenían sus padres, era debida también a él...

—¿Ricardo y Roberto, también lo sabían?— preguntó su padre.

—No, ellos no.— respondió la madre.

—Pero sus amigas, sí, ¿verdad?— inquirió su esposo.

La muchacha escuchaba atentamente.

—Sí. Ellas se enteraron la semana pasada. Tuve que decírselo porque iban a encontrarse con Casandra y con él, en el parque. Les pedí que me ayudaran.—

La joven comprendió entonces qué era lo que su madre y sus amigas habían estado hablando, aquel día. Sintió que todo se derrumbaba a sus pies. Todas las personas en las que había confiado, le habían estado engañando...

—Nunca voy a perdonaros lo que me habéis hecho. — le dijo Casandra a su madre.

Como decíamos al principio de este relato, nuestra protagonista era una muchacha muy entusiasta y muy apasionada en sus emociones. Lo mismo había estado llorando unos días antes, porque pensaba que el joven al que ella quería, no le correspondía en su amor, pues bien, ahora se sentía fuertemente despechada por lo que ella consideraba un complot en contra suya. Por eso, en esos momentos, lo que le decía a su madre, lo sentía verdaderamente.

—A Beatriz y a Miranda, les dices que no quiero saber nada de ellas— dijo— Que no se me acerquen. Y no tratéis de engañarme de nuevo. Ya he aprendido la lección. Nunca más confiaré en nadie. ¡Ah! Y no pienso volver a la escuela...

—Casandra, eres injusta con tus amigas...— le dijo su madre.

—Yo ya no tengo amigas.— contestó ella con amargura.

Su madre, ya no pudo más y se echó a llorar. Casandra se retiró a su habitación, mientras escuchaba, cómo sus padres discutían, sintiéndose más infeliz todavía...

Capítulo 39

Casandra se metió en su habitación, y no quiso ni comer. Allí se quedó llorando, y recordando todo. Entonces comprendió la insistencia de su madre para que le hablara a Jacobo acerca de su cita con sus amigas en el parque, y de la extraña actitud de él, así como la frialdad con la que lo trató al principio Beatriz. Pero al final, todos se habían puesto de acuerdo para engañarla.

Pasó toda la tarde y sólo salió para ir al baño. Su madre intentó varias veces hablarle, pero la joven no quiso escucharla. Sus hermanos también quisieron consolarla, pero ella no tenía ganas de estar con nadie. Quería permanecer sola.

No quería pensar en nada, pero no podía evitar recordar a Jacobo. Y más lo recordaba, más ganas de llorar le daban. Por fin llegó la noche. Todos en su casa se acostaron. Ella también se metió en su cama. Cayó rendida. Estaba agotada de tanto llorar.

Entre sueños oyó que alguien la llamaba:

—¡Casandra!—

Ella se incorporó y abriendo los ojos, vio que se estaba desdoblando. Se levantó, miró a la cama, y allí estaba su cuerpo. Entonces apareció su Padre Interno, el Venerable Ser al que vio junto a la hermosa Dama, cuando tuvo el accidente.

—¿Eres mi Padre Interno?— preguntó ella.

—Así es. —contestó Él. —Casandra, estás sufriendo mucho, pero nadie de los que tú crees,

tienen la culpa. Ese dolor que sientes, tiene su causa dentro de ti mismo. Has dejado que el odio, la rabia y el rencor, nacieran en tu interior, y se han alimentado durante mucho tiempo. Ahora estás atrapada… Si de verdad quieres ser feliz, tienes que liberarte de ellos, porque impiden la libre expresión de tu alma. Así serás capaz de perdonar de verdad… Observa dentro de ti. Comprenderás lo que te digo. Recuerda esto: observa lo que piensas, lo que sientes, lo que te impulsa a actuar... y te darás cuenta, de que nada de eso lo provocas tú con tu voluntad, sino que los defectos que te he dicho, se adueñan de ti.— dijo Él, y luego desapareció.

La joven sintió el tirón y se despertó. Empezó a reflexionar sobre lo que había oído. Le habían dicho que el problema de sus sufrimientos, no estaba fuera de ella, sino en ella misma. Ella analizó sus sentimientos, y se dio cuenta de que, extrañamente, por un lado parecía sentir que odiaba a Jacobo, pero por otro, sabía que en lo más profundo de ella, seguía queriéndole. Se preguntó cómo podía ser aquello.

Capítulo 40

Se volvió a quedar dormida, y de nuevo, se desdobló. Pero esta vez, no apareció nadie. Salió de su habitación, y se dirigió a la calle. Se acordó de su amigo, y empezó a pensar en él intensamente. Pero él no apareció. Siguió intentándolo, y al poco tiempo, vio que se acercaba volando.

—¡Hola! ¿Me has llamado?— le dijo él.

—Sí. Pero has tardado.— le contestó ella.

—Es que resulta,— empezó a explicarle él— que hoy no me he desdoblado de forma consciente.

—¿Cómo es eso?— inquirió ella.

—Pues que hoy me he dormido sin darme cuenta. Estaba soñando y de pronto en mi sueño he visto una cosa rarísima. He visto a mi abuelo, que ya hace tiempo que murió. Eso me ha llamado la atención y me he dicho: *"Esto no puede ser verdad. A ver si va a resultar que yo creía que estaba despierto, y en realidad estoy soñando. En ese caso estaría en el mundo astral*" Así que he dado un salto para intentar flotar y poder comprobar si soñaba o no. Y efectivamente, me he quedado flotando. De esta manera me he dado cuenta de que, tal y como sospechaba, estaba durmiendo, y eso quería decir que me había desdoblado inconscientemente. Luego, todo lo que estaba soñando ha desaparecido por encanto, y entonces he empezado a ver la realidad. Y en ese momento he sentido la sensación de que me llamabas.

—¡Vaya! —exclamó Casandra — entonces aunque uno se desdoble sin saberlo, ¿puede luego darse cuenta? Es decir, que toda esta gente que caminan como sonámbulos, ¿podrían darse cuenta de que están soñando, y de que lo que ven no es real?

—Así es. —contestó él — El truco está en que cada vez que veas algo muy raro, tú te cuestiones si de verdad estás despierto o estás soñando. Entonces das un salto para intentar flotar.

—¿Pero eso lo haces cuando estás dormido?

—No, eso lo haces siempre que veas algo raro. Aunque tú creas que estás despierto. Es que cuando soñamos, nos creemos que estamos despiertos, ¿no te has percatado de ello? Pues llegará un momento, en que tú un día sueñes algo raro, y de forma natural te harás la misma pregunta. Si das el salto en el mundo físico, es decir cuando estás despierta de verdad, pues no pasará nada. Pero si resulta que estás soñando, flotarás, y entonces te darás cuenta de que aunque tú te creías que estabas despierta, en realidad tu cuerpo está dormido en la cama y tú estás desdoblada en el astral. ¿Has comprendido?

—Sí, es un buen truco... —contestó Casandra.— Bueno, oye, y hablando de lo del otro día. Aquel ser tan horrible con la guadaña, era la muerte, ¿verdad?

—¡Aja! —afirmó él —¿Viste cómo luego cambió la apariencia?

—Sí.— respondió la joven.

—Es un ángel de la muerte. Su verdadera apariencia es la segunda que tú viste. La otra, sólo la utiliza para trabajar. ¿Te diste cuenta, también, de que hasta que la Madre Interna de la anciana no le dio permiso, no cortó el cordón?

—Sí. Es cierto... ¿Y a dónde crees que se llevó a la anciana?

—Pues no sé. Pero me imagino que la habrá llevado a algún lugar a esperar un nuevo cuerpo...

—¿Quieres decir que va a nacer otra vez?—preguntó la muchacha.

—¡Claro!— contestó él.

Casandra estaba aprendiendo muchas cosas, pero en esos instantes sintió el tirón, y sin poder despedirse de su compañero volvió a su cuerpo.

Cuando se despertó pensó en lo ocurrido, y también en el joven que, al igual que Virgilio con Dante, la guiaba a ella en las investigaciones. Se dijo que, al final, parecía ser la única persona en la que podía confiar. Era una extraña relación aquella, en la que ni ella sabía nada de él, ni él de ella. Y sin embargo, ya lo sentía como su compañero inseparable. Entonces se acordó de Jacobo. Y de nuevo se sintió triste. No quería pensar más e intentó dormirse. Y lo consiguió.

Capítulo 41

El sábado vinieron Beatriz y Miranda. La madre de Casandra les explicó lo ocurrido. Ellas intentaron ver a su amiga, pero ésta se negó rotundamente a recibirlas. Así que las dos se fueron muy tristes. El domingo volvieron, pensando que tal vez ya se le había pasado el disgusto. Pero no consiguieron verla.

Casandra seguía estando muy enfadada. Y se sentía traicionada. Se sentía víctima de la crueldad y el engaño de todos...

Su madre le llevó una bandeja con comida a su cuarto, porque ella se negaba a salir de él. Sin embargo, apenas probó bocado. Nuria intentó hablar con ella, pero la muchacha estaba completamente cerrada. Al final, su madre decidió dejarla un poco más, con la esperanza de que se le pasara sola.

El padre de Casandra también intentó hablar con su hija, pero ella sólo quería la soledad...

Leandro, al igual que su esposa, estaba muy preocupado por su hija. Empezó a plantearse si parte de la tristeza de su hija no sería culpa suya, por su manera de tomarse las cosas. Si él no le hubiera hablado en el hospital tan mal de aquel conductor que la había atropellado, quizás ella se lo habría tomado de otra forma. Tuvo que reconocerle a su esposa, que el joven se había portado de maravilla con su hija. Él estaba de veras interesado por ella y había logrado hacerla feliz. Al final, tuvo que admitir que quizás se había equivocado. Intentó hablar con la muchacha, pero ella se negó.

Llegó el lunes. Casandra no fue a la escuela para invidentes. Ni siquiera quiso levantarse. A media mañana, su madre llamó con los nudillos a la puerta de su cuarto.

—¡Hija!, ¡Ha llegado algo para ti!— le dijo desde el otro lado de la puerta.

La joven no contestó.

—¡Hoy es lunes! ¿Recuerdas?— insistió su madre.

Casandra pensó: “Es verdad. Deben de ser las rosas”. Así que respondió:

—Vale. Si quieres, pasa.

Su madre entró.

—Son las rosas. Mira qué bien huelen. ¿Dónde quieres que te las ponga?

—Aquí, al lado de mi cama.— contestó la joven, mientras le llegaba el aroma de las flores.

—¿Quieres que te traiga algo de comer?— preguntó su madre.

—No te molestes. No tengo hambre.— contestó ella con frialdad.

—¡Hija, no puedes seguir así! ¡Vas a enfermar! Tienes que comer.

Casandra no contestó nada. Su madre suspiró.

—¡No sé qué voy a hacer contigo!

Y se fue, muy desolada.

Casandra se quedó sola de nuevo. Buscó, tanteando, las flores. Cogió una y se la acercó a la nariz. Era cierto que su aroma era maravilloso. La joven se preguntó quién sería la persona que fielmente le enviaba cada dos semanas flores alternadas con algún sencillo detalle. Recordó que le había mandado unos chocolates, una caja de música y un peluche. Eran cosas que le habían hecho disfrutar otros sentidos, es decir, el gusto, el oído, el tacto, y el olfato. Debía ser bastante detallosa esa persona...

De repente... supo quién era el autor de aquellos envíos. Seguramente, los lectores, también se lo imaginarán. Pero ella, de pronto, estaba completamente segura. Había sido Jacobo… Fue él desde el principio…

Ella pronunció su nombre, y unas lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. La dualidad de sus sentimientos, le provocaba un sufrimiento indecible...

Capítulo 42

Algunos instantes después, llamaron de nuevo a su puerta.

—¡Casandra! Soy Miranda. Estoy con Beatriz y voy a pasar.

Antes de que la joven pudiera contestar, sus amigas ya habían entrado en su habitación.

—¿No os ha dicho mi madre que no quería recibiros?— dijo con dureza.

—Sí.— contestó Miranda —Pero nos da igual que quieras o no. Llevamos tres días viniendo, y ya estamos cansadas de esto.

—Pues si seguís viniendo, es cosa vuestra, porque yo ya he dejado bien claro que no quiero saber nada más de vosotras.

—Casandra, tienes que escucharnos.— intervino Beatriz.

—Me da igual lo que queráis decirme. No me interesa nada de lo que me podáis decir.— contestó Casandra.

—¡Pues aunque no quieras, vas a tener que escucharnos!— le dijo Miranda — Eres una cabezota y una egoísta. ¿Te piensas que la única que sufre en la vida eres tú? ¿Te crees que eres el centro del universo? A todos nos dolió lo que te pasó. ¡A todos! También a Jacobo. Pero tú sólo sabes compadecerte de ti misma. Estás tan egoístamente centrada en ti, que no piensas para nada en los demás.

Casandra se echó a llorar, y gritó:

—¡Cállate!

—No me callo. —contestó Miranda —Cuando tu madre nos contó que Jacobo era el chico que te atropelló, y que sólo deseaba compensar el mal que involuntariamente te había hecho, decidimos que le ayudaríamos, porque pensamos que al final tú cambiarías tu opinión. Beatriz parece que te conocía mejor, porque ella no lo tenía nada claro. Pero todos lo hemos hecho por ti.

Casandra seguía llorando.

—Tú dijiste que pasara lo que pasara siempre seríamos amigas. —le recordó Beatriz.

—¡Yo no sabía que me estabais engañando!— gritó Casandra.

—No es eso. —continuó Miranda— Simplemente estábamos esperando un poco. Queríamos daros una oportunidad. Tú estabas entusiasmada con él... Y él…, él está loco por ti. Nosotras lo vimos cómo te miraba. Él te quiere.

La joven no paraba de llorar, pero no dijo nada.

—¿No te das cuenta de que sólo fue un accidente?— le señaló Beatriz —¿Crees, de verdad, que él querría hacerte esto? Él tiene derecho a una oportunidad, y nosotros sólo intentamos apoyarle.

—Casandra, —añadió Miranda— nos duele mucho verte así. Y tus padres y tus hermanos también lo están pasando mal. Tú siempre has tenido buen corazón, ¿qué te pasa ahora? ¿Dónde está aquella que luchaba por la felicidad de otros? ¿Aquella que buscaba siempre la justicia? ¿De verdad crees que estás siendo justa con las personas que te quieren?

—¡Vosotros me engañasteis!— gritó ella.

—¡Vale! Nos equivocamos.— admitió Miranda— ¿Es que no cabe el perdón en tu corazón?

La joven siguió llorando desconsoladamente.

—Está bien, Casandra— dijo Miranda descorazonada — Ya nos vamos.

—Hasta pronto, amiga.— añadió Beatriz.

Y se fueron las dos.

Capítulo 43

Casandra se quedó muy triste. Sin embargo, dejó de llorar. Se echó en su cama, mientras reflexionaba sobre todo lo que le habían dicho sus amigas. Ellas tenían razón. Estaba claro que Jacobo no tenía culpa de nada. Más bien, fue su imprudencia la que le llevó a ese estado, pero hasta ahora no había querido admitirlo completamente. Le había sido más cómodo echarle la culpa a alguien. Pero ese alguien era el joven más amable, generoso y compasivo que ella había conocido. Desde el momento en que lo había conocido, había surgido una compenetración total entre ellos... Y luego estaba su madre... Su madre, que daría todo por ella. Que tanto se había sacrificado por ella... y ella le correspondía de esa forma, con ese desprecio... Y su padre, y sus hermanos... a todos los tenía sufriendo por su mal carácter... Y sus amigas... que siempre la habían querido tanto...

Pero de nuevo le venía el pensamiento de que todos la habían engañado. Y sintió la rabia que volvía a apoderarse de ella. Apretó las manos con furia, y golpeó el colchón. Se sentó en la cama y como ya sentía un nudo en la garganta, estaba a punto de llorar cuando le llegó el aroma de las rosas. Se calmó de nuevo y se dijo:

—¡Dios mío! ¿Porque siento toda esta rabia? Es más fuerte que yo. ¡Yo no quiero sentirla!—

Recordó las palabras que su Padre Interno le había dicho, y pensó: “Creo que no exageraba, cuando decía que estaba atrapada por el odio, la rabia y el rencor, y que éstos me hacían actuar, sentir y pensar así. Sí, eso es, porque yo no quiero estar así. Estoy cansada de sufrir. Quiero perdonar y estar en paz”.

Se tumbó, y con los ojos cerrados pensó intensamente en su Padre y en su Madre Internos: "Por favor, ayudadme", repetía, hasta que se quedó dormida.

Luego notó como si alguien le cogiera de las manos y la incorporara. Ella abrió los ojos, y vio que era su Padre Interno. La joven terminó de levantarse sola. Miró a la cama, como de costumbre, y vio su cuerpo. Él le dijo:

—Nos has invocado. ¿Qué es lo que quieres?—

—Quiero dejar de sufrir.— contestó ella— Quiero que esto que me atormenta, desaparezca para siempre.—

—Mira.— dijo Él — Ahí tienes a tu Madre. Ella te liberará.—

La Diosa Madre estaba allí con la lanza. Ésta miró a Casandra con amor. Luego, cogió impulso y dirigió la lanza hacia Casandra. La joven sintió que le penetraba en el corazón. Ella se quedó sorprendida, porque no se lo esperaba. Sin embargo, en ese momento, sintió revolverse algo en su interior, y luego sin poderlo evitar, de su garganta salió un grito desgarrador, que no era provocado por ella, al mismo tiempo que sentía como si ardiera por dentro. Al cabo de unos momentos, notó que todas esas desagradables sensaciones, se acababan. Entonces, una inmensa paz la inundó por completo. La lanza desapareció de su cuerpo, y cuando miró a la Madre Interna, ésta la sostenía de nuevo. Casandra comprendió que ella acababa de matar al demonio que la

atormentaba.

—Creí que el momento más feliz de mi vida fue cuando Jacobo me dijo que me quería.— dijo — Pero ahora puedo asegurar que este momento es de verdad de completa felicidad. Nunca había sentido algo parecido. Me siento libre. Y todo gracias a vosotros. Ahora estoy segura de que sois mis Padres Internos. Mis Divinos Padres.

Ellos sonrieron.

—Ahora sí podrás perdonar de verdad.— le dijo el Padre.

La joven asintió.

—Esta liberación,— continuó el Padre— también te hará tener más conciencia en el mundo astral. Ya te darás cuenta.

—Os doy las gracias, humildemente.— dijo Casandra.

—Debes saber— añadió la Madre— que siempre que necesites algo, puedes pedírnoslo. No hace falta que te desdobles. Puedes hacerlo despierta. Basta con que te concentres en tu corazón, y te dirijas a nosotros. Siempre que estés triste o desolada por algo, no te sumerjas en la depresión. Llámanos, y nosotros consolaremos tu corazón.

Casandra asintió.

—Os doy las gracias, de nuevo.

—Es hora de que vuelvas.— le anunció la Madre.

En ese momento, sintió el tirón.

Capítulo 44

Inmediatamente notó cómo entró en su cuerpo. Abrió los ojos... Pero seguía viendo. Se dijo:

—¡Vaya! Pues no he entrado bien. Bueno, no importa. Voy a aprovechar.

Así que se levantó de la cama. La verdad, es que se notó un poco menos ligera que las otras veces, pero no le dio importancia. Se dirigió hacia la puerta, pero antes miró a su cama... Casandra se quedó petrificada... Su cuerpo no estaba allí...

—¡Dios mío!— se dijo— ¿será posible?—

Entonces dio un salto y no flotó. Se pellizcó el cuerpo, y efectivamente, era mucho más denso que la proyección astral.

—¡Puedo ver!— exclamó.— Estoy viendo. Y no estoy dormida. ¡Estoy despierta!

Rápidamente abrió la puerta de su cuarto, y se dirigió al salón gritando:

—¡Mamá, papá!

Su madre se asomó asustada por la puerta del salón.

—¿Qué te ocurre, hija?

Casandra se avanzó hacia ella y la abrazó fuertemente.

—¡Puedo ver, mamá! ¡Puedo ver!— decía llorando.

Su madre la separó un poco de sí. Al mismo tiempo aparecieron sus amigas, que al parecer, no se habían ido todavía.

—¡Miranda! ¡Beatriz! ¡Puedo veros! ¡Ya no estoy ciega!—

Su madre se echó a llorar, y sus amigas también. Y luego se abrazaron todas.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado?— preguntó su madre.

—Pues, podría deciros, que me he dado cuenta de que estaba equivocada, y que vosotras llevabais razón. Cargaba mucha rabia en mi interior. Pero... le he suplicado a Dios que me liberara de ella, y que me ayudara a saber perdonar sinceramente... Ha sido el poder del perdón el que me ha devuelto la vista... Aunque, en realidad, sois, más bien vosotras, quienes tenéis que perdonarme a mí.

—¡Qué increíble es todo esto!— exclamó Miranda.

—Sí. — añadió Beatriz— Pero ¡qué alegría!

Las cuatro se echaron a reír, muy contentas. En ese momento llegó el padre de Casandra. Cuando conoció la buena nueva, se quedó, a la vez, impresionado y feliz. Más tarde llegaron sus hermanos, que al enterarse también la abrazaron felices.

Sin embargo, faltaba alguien...

—Mamá, — dijo tímidamente Casandra— ¿crees que Jacobo estará muy molesto conmigo?

Su madre sonrió.

—Estoy segura de que le encantaría saber que te has curado. — contestó.

—¡Ha sido tan bueno conmigo!— exclamó la joven— Dime, ¿tú sabías que era él quien me enviaba las rosas, y las otras cosas?

—Bueno,— contestó su madre— él nunca me lo dijo, pero yo me lo imaginaba. ¿Y tú cómo lo has sabido?

La joven se sonrió:

—Intuición.— dijo. Y luego añadió— Mamá, por favor, ¿quieres llamarlo tú?

—Está bien.— respondió Nuria.

—Pero no le digas nada todavía de que puedo ver, ¿vale?

—De acuerdo.— contestó su madre riéndose.

Capítulo 45

Por la tarde, llamaron a la puerta.

—¡Yo voy!— gritó Casandra.

La joven abrió la puerta, y se llevó una sorpresa.

—¡Tú!— exclamó.

Era el joven con el que se encontraba en el mundo astral... Pero él también pareció sorprendido.

—¡Casandra! ¿Puedes verme?— preguntó asombrado.

—¡Así que eras tú...!— murmuró ella —¡Siempre has sido tú!

El joven, por su parte, insistió:

—¡Puedes ver!

Ella, por fin reaccionó y sonrió:

—Sí, Jacobo. Puedo ver. —y en voz baja, continuó— Han sido mis Padres Internos...

Al joven se le iluminó la cara.

—¡Ésta es la mejor noticia, que podría escuchar! Casandra, ¡es estupendo! ¡Qué digo, estupendo! ¡Es maravilloso!

Ella se echó a reír, feliz. Luego se acercó al joven y apoyando sus manos sobre el pecho de él, le dijo:

—¡Que mal me he portado contigo! Siento haber sido tan tonta. Y también te pido perdón por haber querido cargar sobre ti la culpa de todo...

Él le acarició el cabello a ella, mientras la miraba amorosamente, pero no dijo nada.

—Por otro lado,— continuó la muchacha — reconozco que has sido muy listo...

—¿A qué te refieres?— preguntó él riéndose.

—Pues a que te has colado en mi vida de manera avasalladora.— dijo bromeando— Se ve que querías llamar mi atención. No sólo has sido mi compañero aquí, a la salida de la escuela, sino que también has sido mi guía en el mundo astral. Y por si fuera poco, has estado mandándome rosas, y otros regalitos...

Él se echó a reír.

—¡Así que ya me has descubierto!

—Pues sí. Pero vas a pagar caro lo que has hecho.

Él se asustó un poco.

—Vas a tener que aguantarme durante mucho, mucho tiempo...— dijo ella.

—¡En fin! ¡Si no queda otro remedio! Creo que podré soportarlo...— contestó él sonriente.

Los dos se miraron a los ojos.

—Jacobo, —dijo la joven — ¿tú me sigues queriendo?

—Más que nunca. –contestó él — ¿Y tú?, ¿me sigues queriendo?

—¡Más que nunca!— exclamó ella.

Después se abrazaron felices.

La familia de Casandra, no quiso salir para no interrumpirlos, pero en realidad, estaban esperando impacientes en la cocina. La joven hizo entrar a Jacobo hasta allí. Todos se saludaron contentos. Incluso su padre se sentía feliz de ver a su hija con el joven.

Luego cenaron todos juntos, celebrando la ocasión, con una comida sencilla. Jacobo se fue poco después, dejando a su novia, feliz.

Capítulo 46

Al día siguiente, Jacobo apareció por la mañana. Casandra se había levantado tarde, y estaba desayunando.

—Casandra, ven conmigo. Salgamos afuera.— le pidió él.

—¿Qué pasa?— preguntó ella intrigada.

—Quiero regalarte algo para celebrar que has recuperado la vista, y también que has aceptado ser mi novia.— contestó el joven, mientras la agarraba de la mano.

Ella se rio, mientras lo seguía. Salieron a la calle, y él tiró de ella hasta la casa del vecino. Jacobo llamó a la puerta.

—Pero, ¿qué haces?— inquirió ella, más asombrada aún.

—Ya lo verás. — respondió él.

El vecino abrió la puerta.

—¡Hola!— saludó Jacobo— He oído decir que usted vende pájaros vivos.

El hombre miró a Casandra, con cara de pocos amigos. Luego se dirigió al joven.

—Sí.

—Y dígame, —continuó el joven— ¿Cuánto pide por ellos?

—Los vendo por 10 euros cada uno. Con jaula son 18. — contestó el hombre.

—¡Aja! ¿Y cuántos tiene?— inquirió Jacobo.

—Me quedan 15. — respondió el vecino.

Casandra no entendía nada.

—Muy bien. — dijo el joven — Se los compro todos. Con jaula.

El hombre se quedó un poco sorprendido, pero luego se encogió de hombros.

—Está bien. — contestó —los tengo en la cochera. Espera un momento. Voy a abriros.

El vecino se metió en la casa, y al cabo de unos segundos, abrió la puerta de la cochera desde adentro. Asomó la cabeza y le dijo a la pareja que se acercara.

Jacobo cogió de nuevo la mano de su compañera, y la llevó hasta el lugar. Entraron, y allí estaban todas esas jaulas, con las avecillas dentro... Casandra volvió a experimentar el mismo sentimiento, que había tenido en otras ocasiones.

El joven sacó su cartera y pagó al vecino. Luego le pidió a ella que le ayudara a sacar las jaulas al jardín que había afuera.

Una vez que todas las jaulas estaban afuera, Jacobo le dijo a Casandra:

—¿A qué esperas? ¿Vas a liberarlas, o qué?

Casandra sonrió y empezó a abrir las jaulas rápidamente. Él también abrió algunas. Luego, los pájaros empezaron a salir. Jacobo se acercó a Casandra y rodeó con su brazo los hombros de ella, mientras que la muchacha le correspondía, pasando el suyo por la cintura de él. Así se

quedaron mirando cómo aquellas inocentes criaturas recuperaban su libertad y se iban volando hacia la lejanía...

FIN

Más obras de la autora en: http://www.elenasantiago.info

Para quienes quieran profundizar: http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm

Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by—nc—nd):
No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.
http://creativecommons.org/licenses/by—nc—nd/3.0/deed.es